



HUYENDO

vos, que sólo piensan en volver á Zanzíbar.

*
**

No deseo ir ya con ellos á ninguna parte, y ansío que llegue Dagambé porque esos hombres son capaces de todo. Ebed les ha oído decir que si era absolutamente preciso seguirme que lo harían; pero

que á la primera dificultad ó cuestión, harán fuego sobre los manyemas, emprendiendo luego la fuga; y como yo no puedo correr con la misma ligereza, seré cogido y me matarán.

Esto lo decían en alta voz; y Ebed que lo ha oído, me recomienda con instancia que no me fie más de ellos, porque sería ir á una muerte cierta. Este árabe fué para mí un amigo sincero, y no puedo me-

nos de dar crédito á sus palabras, seguramente bien intencionadas.

18 de Mayo.—Estaba á punto de desarmar á mis esclavos y despedirlos, cuando me manifestaron su arrepentimiento, diciendo que deseaban acompañarme adonde quiera que fuese; y como yo estaba ansioso de terminar mi tarea geográfica, he dicho que me expondría á su desertión y les he dado los abalorios suficientes para que compren el grano.

No puedo expresar hasta que punto me han mortificado estos hombres que, sostenidos por la horda esclavista, han hecho todo lo posible para contrariarme.

*
**

20 de Mayo.—Poco antes de descubrir yo el fraude, Ebed mandó llamar á Kalonnga, el jefe que le había engañado, y me cedió la canoa que le había vendido formalmente; despues marchó á pié para ir á comprar marfil al territorio de los babisa.

Yo debía seguirle en piragua, y esperarle en un río que llaman Louela; pero bien pronto reconocí que la piragua continuaba siempre en el bosque, y no pertenecía á Kalonnga.

Al intimar yo á éste que restituyera el valor recibido, contestó que cuando Ebed volviera, se lo entregaría. Yo envié á buscar lo que no quería darme buenamente; pero todo el pueblo emprendió la fuga, refugiándose en los bosques.

Entonces traté de comprar una canoa yo mismo á los baghenya; mas no lo conseguí, mientras que los mestizos obtenían cuantas necesitaban; reunieron nueve grandes piraguas, y á mí no se me quiso ceder una sola.

*
**

24 de Mayo.—Hoy es tambien día de mercado, y reina como siempre, la mayor actividad y animación. Los vendedores de peces corren de un lado á otro, enseñando el producto de su pesca, la cual cambian por raíces de yuca, patatas, granos ó legumbres, ó bien bananas, aceite de palma, aves, sal y pólvora; cada cual se muestra ansioso por ceder víveres á cambio de condimentos, y peroran largamente para elogiar la buena calidad de sus artículos.

Todas las frentes están bañadas de sudor; los gallos cacarean en manos de sus vendedores; los cerdos lanzan penetrantes gruñidos.

Algunos comerciantes cambian barras de hierro por un tejido confeccionado con las fibras de la palmera.

Toda aquella abundancia de artículos diversos y de víveres, que se cambian unos por otros entre tres mil personas, deben reportar grandes beneficios; hay gentes que llegan de puntos distantes veinticinco y treinta millas.

Este espectáculo me divierte; no comprendo lo que las gentes dicen; pero sus gestos y miradas son tan expresivos, que no se necesita que hablen. Reconozco, sin embargo, que todo se hace lealmente; en caso de diferencias, siembre fáciles de arreglar, se apela al juicio de los otros, y se revuelve sin dificultad la cuestión.

Los objetos de alfarería se distinguen por su redondez y formas simétricas, verdaderamente admirables, si se atiende á que se han hecho sin molde; hoy he comprado dos cántaros de tierra porosa solo por un hilo de abalorios.

*
**

27 de Mayo.—Hassanni me dijo varias veces que desde su entrada en Manyema, ningun indígena le había ofrecido un bocado de alimento, ni siquiera un nyoum-



UN GUÍA

bo ni una banana, aun cuando él hacía siempre regalos.

Hoy le encontré en el mercado, y he visto que un hombre le daba algunos peces, otro una batata y un pedazo de yuca, y un tercero dos pequeños siluros.

Sin embargo, los manyemas no se distinguen por su generosidad: en los pueblos medio desiertos que hemos hallado en el camino, las mujeres y los ancianos corrían con frecuencia detrás de mí para

darme bananas; pero obraban sin duda bajo la presión del temor.

Cuando me sentaba para comer lo que acababan de ofrecerme, iban á buscar vino de palmera, y yo se lo pagaba todo.

Un desconocido que ví en el mercado de ayer, llevaba al hombro suspendidas diez mandíbulas inferiores humanas.

Interrogado por mí, contestóme tranquilamente que había matado á los pro-

pietarios de aquellos restos, comiéndoselos despues; no contento con estas contestaciones, me enseñó el cuchillo con el cual había cortado las carnes de sus víctimas.

Al expresar mi disgusto, echóse á reir, imitándole cuantos le rodeaban.

Todos los días de mercado veo caras nuevas.

*
**

30 de Mayo.—El río ha bajado cuatro pulgadas en los cuatro últimos días: las aguas ofrecen un color pardo muy oscuro, y arrastran un gran número de árboles y plantas acuáticas.

Mologoué, jefe de Ndambo, ha venido á conferenciar con Hassanni, haciendo el cambio de sangre con este pagano, quien trata de asegurarse así de la posesión de las nueve piraguas.

Los dos se han alejado despues para hablar más detenidamente del asunto; y uno y otro han hecho lo posible para malquistarse con los indígenas.

Los manyemas tienen á veces la lengua muy larga, pareciendo aficionados á los chismes; pero en cambio son muy honrados; jamás hemos perdido la menor cosa por culpa suya; no han tocado las aves, ni las cabras, ni objeto alguno; cuando falta una gallina, un esclavo de los tratantes es seguramente el ladrón.

Cuando yo estaba con Bogharib era preciso poner un centinela en nuestro corral á fin de impedir, no los robos de los naturales, sinó de los hombres de nuestra propia caravana. Hassanni alega no tener complicidad con mis esclavos y es evidentemente quien les estimula á la rebelión.

5 de Junio.—Las aguas del Loualaba han vuelto á subir seis pulgadas.

La lluvia ha cesado casi enteramente: grandes masas de nubes blanquecinas avanzan por el Noroeste, y su llegada aumenta el frío.

7 de Junio.—Temo verme obligado á continuar la marcha á pié; el cieno es un gran obstáculo para caminar.

CAPITULO VIGESIMOTERCERO

LLEGADA DE DAGAMBÉ—LAS CATARATAS—GRAVE CONTRATIEMPO—LA PREVENCIÓN DE LOS INDÍGENAS—HASSANNI—LA ESCLAVA—PLAN DE CONTINUACION

JUNIO 11.—Anoche apareció la luna nueva; es casi seguro que Dagambé saldrá de Kasonnga hoy. El río ha bajado tres pulgadas.

14 de Junio.—Hasanni consigue por fin que cedan las nueve piraguas; tres de estas embarcaciones irán montadas por setenta hombres; yo no puedo conseguir que me dejen una sola.

Anúncianme que Dagambé se halla cerca de aquí; pero como tiene fama de adivino le entretienen para consultarle.

18 de Junio.—Por fin ha llegado Dagambé; dice que en el pueblo de Moiné Ngangené eran los víveres tan escasos y caros, relativamente á los de nuestros mercados, que ha vuelto aquí con la mayor satisfacción.

Su caravana, muy considerable, se compone de quinientos hombres armados de fusiles; está formalmente resuelto á ensanchar el campo del tráfico; trae consigo toda su familia y se propone permanecer en estos parajes seis ó siete años.

*
**

20 de Junio.—Dos hombres de Dagambé me han regalado cada uno cuarenta hilos de abalorios, pues saben que todos mis valores están injustamente de-

tenidos por Sherif; muéstranse generosos conmigo y yo se lo agradezco, dándoles alguna tela.

Después de los saludos de costumbre, las primeras palabras de Dagambé han sido para decirme: «Los esclavos que tenéis son vuestros mayores enemigos; yo quería compraros una canoa; pero las habladuras de las gentes que teneis á vuestro servicio irritaron á todos los indígenas contra vos.»

Ya lo sabía yo, y también que esos miserables están apoyados por los tratantes de Oujiji, para quienes mi presencia es odiosa.

24 de Junio.—La caravana de Hassani que bajaba en canoa por el río ha visto unas cataratas después de cuatro días de navegación. Proyéctanse en ambas orillas varias rocas, no unas frente á las otras, sino alternativamente.

Estrechada por esta proyección, la enorme sábana líquida se precipita contra el promontorio, dando la vuelta; es lanzada luego sobre la siguiente, y forma un espantoso remolino en el cual ha naufragado la primera piragua resultando cinco muertos.

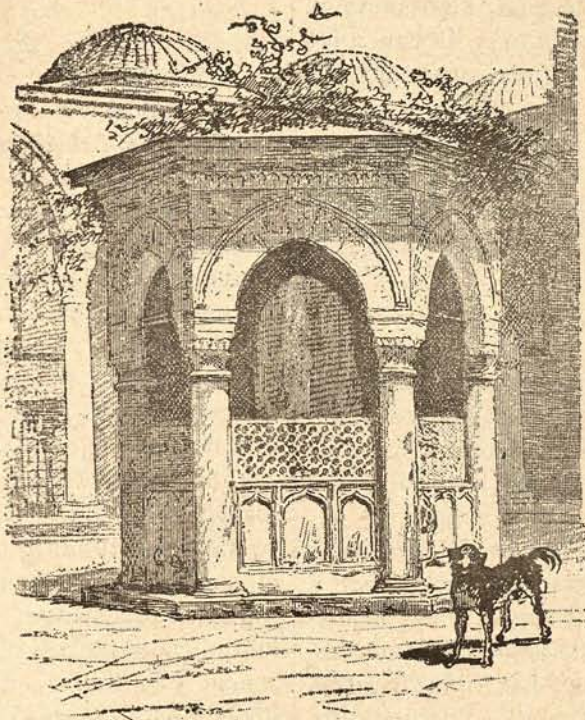
Si yo hubiera sido de la expedición, mi canoa habría avanzado la primera; los tratantes, considerando como una deferencia cederme la dirección, me habrían dejado explorar el camino, mante-

niéndose á respetuosa distancia, y haciendo yo ántes la prueba, librándose ellos de todo peligro.

Los que sobrevivieron á la catástrofe estaban tan poseídos de espanto, que volvieron inmediatamente, aunque habrían llegado ya al país de marfil, sin que

les ocurriera examinar si era posible conducir las canoas más allá de las cataratas, cosa que cualquiera otro hubiera hecho.

Después de haberse conducido con tal doblez é hipocresía en el asunto de las canoas, los tratantes no podían esperar mejor suerte. No había ni un mal en



RESTOS DE UN ANTIGUO PALACIO

que adquiriese piraguas; pero no sé que motivos tenían para dejarme á mí sin ninguna.

*
* *

27 de Junio.—Dios se ha dignado conservar mi existencia poniéndome obstáculos para que fuera al Loualaba, porque era indudable mi perdición en las cataratas.

Estas son debidas á una prolongación

montañosa que atraviesa el país, formando promontorios, no paralelos, á cada lado del río, de lo cual resulta un terrible remolino de la masa de agua; si la piragua penetra en aquél chocando con la roca, es inevitable que zozobre.

28 de Junio.—El río ha bajado dos piés; el agua presenta siempre un color pardo oscuro y está cubierto de restos.

Diez pueblos están ardiendo; ha prendido fuego un esclavo de Said-ben-Habid llamado Manilla, que quiso demos-

trar á los baghenya, con los cuales había hecho el cambio de sangre, como luchaba contra los mahombos, cuyo territorio codiciaban aquellos.

Los merodeadores de la caravana de aquí han pasado el río para ayudar á Manilla á coger á los fugitivos y apoderarse de las cabras.

Los boghenya se dedican á la pesca, no sólo por ser su profesión, sino tambien porque les gusta mucho y llevan á los diversos mercados todo el producto obtenido en sus redes.

La expedición de Manilla tenía por pretexto zanjar una deuda de tres esclavos que habían sido robados; y como no los pagaban, incendió diez pueblos.

*
* *

30 de Junio.—Hassanni pretende que no sospechaba el acto de su gente; cuando se lo dije á Manilla, éste demostró su naturaleza servil con sus hipócritas excusas.

1.º de Julio.—He dicho á Dagambé que tenía el proyecto de acompañar á sus gentes por el Oeste hasta el Lomamé, comprar allí con su auxilio una canoa, remontar el lago Lincoln, dirigirme despues á Katanga, y á las fuentes á fin de ver las cavernas habitadas, volver en seguida aquí y recoger mis artículos de cambio si él tenía la bondad de remitírmelos por la caravana que debe enviar á Oujiji.

Dagambé ha vuelto á hablarme acerca de la prevención de los indígenas contra mí; deplora las dificultades que esto me suscitará, y añade que está dispuesto á hacer todo cuanto de él dependa para llevar mis planes á buen fin.

Mis esclavos continúan intrigando con los baghenya para que no me vendan una canoa.

Hassanni conoce sus enredos; pero

aseguran que no ha intervenido en lo más mínimo; jura y perjura tomando al cielo por testigo de su inocencia, no sólo en lo de la embarcación, sino tambien en lo del incendio de los pueblos, llevado á cabo por Manilla.

Estos mahometanos son unos solemnes embusteros; faltan á la verdad con un descaro increíble.

*
* *

2 de Julio.—La capa superior de las nubes viene del Noroeste, y la inferior del Sudeste; cuando se mezclan ó cambian de sitio, la temperatura baja mucho, resultando la fiebre; el aire llega evidentemente del Atlántico, pasando sobre los terrenos bajos y pantanosos de la costa occidental.

Las nieblas de la mañana demuestran que el agua del Doualaba está entonces más templada que el aire.

4 de Julio.—Irritado Hassanni contra los cobardes que despues de llegar al país del marfil han vuelto sin penetrar en él, se ha puesto en marcha él mismo á pié dejando á sus gentes diseminadas. Le he indicado que advierta á Baker su presencia y la mía si encontraba á uno de los hombres de éste, ó veía algun jefe que estuviera en relación con el viajero.

5 de Julio.—El río ha bajado en totalidad tres piés.

*
* *

He ofrecido á Dagambé dos mil duros si quería cederme diez hombres para reemplazar á los esclavos de los banianos, proporcionándome así el medio de remontar el Lomamé, dirigirme á Katanga y á las moradas subterráneas, y volver al Tanganika.

He añadido que le daré todo cuanto me quedaba en Oujiji. Me ha contestado que

necesita algunos días para consultar con sus socios.

6 de Julio.—Makanndira y otros jefes han venido á verme para regalarme un cerdo y una cabra, con motivo de mi próxima marcha.

He rehusado una cosa y otra, diciendo que lo aceptaría á mi regreso, y he protestado contra el deseo que se me atribuía de hacer la guerra á los indígenas. Esto tendrá eco seguramente en el país, y confío que produzca la mejor impresión.

7 de Julio.—Ya me molestaba ver á una mujer que vivía junto á mí, que pegaba á su esclava muy á menudo; la he reprendido, diciéndole que debía tratar con dulzura á la jóven, que no tiene otro apoyo. La mujer se ha excusado, y espero que no se repetirá la escena tan frecuentemente.

*
**

Dagammbé me aconseja que exponga mi plan de viaje á los esclavos; y en su consecuencia les he dado á conocer mi proyecto de exploración hasta las fuentes de Herodoto. No han opuesto la menor dificultad, y parecían estar muy satisfechos de mi condescendencia; pero llegada la hora de marchar, dijeron que acompañarían á las gentes de Dagammbé hasta Lomamé, y que entónces volverían, pues no era su ánimo pasar de allí.

El río ha bajado tres pulgadas desde el día 5.

10 de Julio.—Anoche apareció la luna nueva del séptimo mes de los árabes.

11 de Julio.—He comprado ocho especies de peces distintos para bosquejarlos, á fin de hacer la comparación con los que viven en el Nilo. Los más son los mismos que los del Nyassa.

Algunos hombres de Dagammbé tratan de imponerse en el mercado: «Yo quiero tal cosa,» dice uno; «esto es mío» dice el otro; pero las mujeres les contestan que nadie les autoriza á ejercer el monopolio, y que deben traficar lealmente. No permiten que se las insulte; y una vez en el mercado, á nadie tienen miedo.

*
**

12 y 13 de Julio.—Mis esclavos declaran ante Dagammbé que no pasarán del Lomamé; el jefe trata de convencerlos, sin conseguir nada; y al hacerles la observación de que perderían su salario, respondieron que más valía esto que morir.

Al pronunciar estas palabras se fueron murmurando, lo cual equivale á un grave insulto tratándose de un hombre como Dagammbé.

Entónces he dicho á éste que aceptara todos los valores que tengo en Oujiji, y que si no eran bastantes, añadiría lo que fuese necesario; pero que no me pusiera en la precisión de retroceder cuando tan cerca estaba de mi objeto.

Me ha vuelto á contestar que despues de entenderse con sus socios formaría un plan dándomelo á conocer luego.

CAPITULO VIGÉSIMOCUARTO

HORROROSAS MATANZAS—ES IMPOSIBLE HACER JUSTICIA—TAGAMOYO Y SU HORDA —
EPISODIO DE CARIDAD—EL FINJIDO ENFERMO—CAMBIO DE RUTA



ÍA 14 de Junio.—¡Cuán desgraciado soy! ¿Qué debo hacer para terminar mi empresa? Todo parece conjurarse contra mí.

15 de Julio.—Los tiros que se oyen desde esta mañana al otro lado del río anuncian que las gentes de Dagambé exterminan á las de Limeborou y de algunos otros jefes, con los que Manilla hizo el cambio de sangre. ¿Cómo es que este esclavo se atreve á tal cosa con los jefes, que no deben tener por amigos sino á hombres libres como nosotros?

Kimeborou ha dado tres esclavos á Manilla, y éste ha incendiado en cambio diez pueblos. Satisfecho de esta primera prueba, Kimeborou ofreció á Dagambé nueve esclavos por practicar una operación semejante, pero sólo obtuvo una negativa. Las gentes de este último jefe destruyen hoy no obstante varios pueblos, fusilando y cogiendo á muchos de los naturales, según dicen para castigar á Manilla; pero en realidad para demostrar á los indígenas que no deben mantener relaciones comerciales sino con Dagambé y los suyos.

A pesar de los pueblos que arden y de vez en cuando los tiros que se disparan contra los fugitivos, han ido al mercado

mil quinientas personas. Al llegar yo encontré á Manilla y Edaí, y luego tres de los hombres que Dagambé trajo últimamente de Oujiji.

Admiróme ver que llevaban fusiles, y estuve á punto de reprenderles por ir armados, cosa que no hacen nunca los habitantes; pero lo atribuí á su ignorancia de las costumbres del país; y como el calor era sofocante, volvíme á casa.

*
**

Cuando me alejaba observé que uno de aquellos hombres, después de regatear una gallina se apoderó de ella violentamente; y aún no había dado treinta pasos, cuando una doble detonación que oí, me hizo comprender que había dado principio la matanza.

La multitud se lanzó en todas direcciones, arrojando cada cual sus mercancías para emprender la fuga. Los tres hombres seguían tirando sobre los grupos, cuando en el lado opuesto se oyó una descarga cerrada; los tiros se dirigían á las mujeres que se precipitaban hácia las canoas.

Había allí unas cincuenta piraguas, oprimidas entre sí, y poseídos de pánico, los hombres olvidaron sus remos; las canoas no podían salir todas á la vez, por-

que el paso era muy estrecho, y queriendo todos marchar, estorbábanse mutuamente.

Hombres y mujeres, amontonados en las barcas, y heridos por las balas que seguían lloviendo, saltaban al agua, lanzando agudos gritos. Las muchas cabezas que sobresalían de la superficie líquida daban á conocer que los infelices se dirigían á una isla situada á mil quinientos metros; para alcanzar este punto era preciso oponer el brazo izquierdo á una corriente de dos millas por hora; pero si hubiesen tomado la diagonal para ganar la orilla opuesta, muchos habrían franqueado la distancia aunque era mayor.

Todas aquellas cabezas marcaban así la línea de los que debían perecer. El tiroteo continuaba, y á cada momento desaparecía una cabeza; pero á veces veíanse luégo brazos que se alargaban, como pidiendo auxilio, y que á su vez se hundían para siempre.

Una canoa se llenó de gente de tal modo, que casi se sumergía, é hicieronla avanzar maniobrando con los brazos á guisa de remos; otras tres fueron en auxilio de los amigos que se ahogaban; pero cargadas con exceso, fuéronse á pique.

En una larga piragua, en la que hubieran podido refugiarse unas cuarenta ó cincuenta personas, había un hombre que acababa de perder la razón; remontaba el río, sin rumbo fijo, girando á cada momento, y sin mirar á los que se ahogaban.

Poco á poco desaparecieron todas las cabezas; algunos nadadores que llevaron la delantera ganaron la opuesta orilla, escapando de la matanza.

Dagambé mandó que algunos de sus hombres ocuparan una de las canoas, para ir en auxilio de los desgraciados, y así se pudieron salvar veintidos; una mujer rehusó subir á bordo prefiriendo la

eventualidad de salvarse á nado, por temor de ser reducida á la esclavitud.

*
**

Las mujeres de Baghenya son diestras nadadoras, porque están acostumbradas á sumergirse en el río para pescar ostras; de modo que todas las que han seguido la corriente pueden haberse salvado; pero los árabes calculan que el número de muertos varía entre trescientos treinta y cuatrocientos.

En su encarnizamiento por hacer fuego, los hombres que fusilaban á los de las canoas han dado muerte á dos de los suyos y á un indígena de su escolta, que habiendo entrado en una embarcación para saquearla, cayó al río, apareció de nuevo en la superficie y se hundió para siempre.

Mi primer impulso fué descargar mi pistola contra los asesinos; pero Dagambé me lo impidió diciendo que no debía mezclarme en aquella sangrienta contienda; y á fé que debo darme por contento de haber seguido su consejo.

Dos miserables mahometanos aseguraron que las gentes del inglés eran las que habían hecho fuego. Pregunté á uno de ellos como se atrevían á mentir tan descaradamente, y no hallando excusa para contestarme, quedó confundido ante mí. Le recomendé que no volviera á mentir tan infamemente, y le volví la espalda con desprecio.

*
**

Después de esta terrible matanza, la horada de Tagamoyo, principal autor del crimen, continuó haciendo fuego contra los habitantes de la orilla izquierda y quemando sus pueblos.

En el momento de escribir estas líneas oigo las lamentaciones de los que lloran

Sobre los que han muerto y que ignoran cuántos de sus amigos han perdido la vida en las profundidades del Loualaba.

No se sabrá nunca la cifra exacta de los que han perecido en esta sangrienta mañana, durante la cual me pareció estar en el infierno; todas las gentes del mercado que habían emprendido la fuga por esta parte fueron perseguidas y despojadas por los esclavos del campamento; y durante varias horas estuvieron las mujeres de los tratantes recogiendo las cargas que habían quedado en la plaza.

Algunos fugitivos llegaron á mi casa y los protegí. Dagambé ha salvado veintidos, que se albergaron cerca de mi casa; entre ellas había una mujer que tenía el muslo atravesado por una bala, y que estaba herida en el brazo.

He enviado á algunos de mis hombres con la bandera, porquesin ella podían ser víctimas de aquellos salvajes; y han conseguido salvar algunas personas.

Esta mañana estaban ardiendo diez y seis pueblos; loshe contado uno por uno.

*
**

Aquí reina la muerte y el saqueo, y según ha dicho Dagambé, no se explica la causa. Todos echan la culpa á Manilla, y es probable que la tenga; pero de todos modos no puedo creer que esto sea para castigarle por haber hecho un pacto amistoso con varios jefes.

Mi corazón se subleva. ¿Quién podría acompañar al Lomamé á las gentes de Tagamoyo y de Dagambé, sin hacerse cómplice de todos sus crímenes?

Yo he propuesto que se coja á los asesinos y se les ahorque en la plaza del mercado, para protestar públicamente de la sangrienta matanza. Dagambé me contestó, que si hubiesen cometido el crimen las gentes de Manilla, él y los otros aplicarían aquel castigo, pero que

los que habían tirado eran hombres de la caravana que él dirigía, y que no podía proceder contra los servidores de sus asociados.

Esta carnicería es tanto más atroz cuanto que las mujeres que van al mercado no han tenido jamás nada que temer, ni aún en los distritos que estaban en guerra con el suyo.

Estos musulmanes negros son de condición inferior á los mismos Manyemas, y ejemplo de ello son los hombres de Hassanni, que atacan á los pueblos más inofensivos para saquear y matar indistintamente.

*
**

16 de julio.—Dagambé me ha prometido enviar alguna fuerza para que ponga orden en la horda de Tagamoyo, que está á la otra parte del río, fusilando á los hombres y quemando los pueblos. Esta cuadrilla de incendiarios y asesinos ha pasado todo el día y toda la noche en medio de las ruinas que han hecho, apropiándose cuanto encuentra: á esta hora van ya quemados veintisiete pueblos.

He devuelto á sus familias á unos treinta y tantos individuos que estaban aquí. Dagambé ha dado pruebas de su buena voluntad no conservando ninguno de los fugitivos que salvó; hay aquí treinta y tantas canoas, que serán devueltas á sus dueños cuando sea posible.

A las doce de la noche continúa todavía el tiroteo en la otra orilla aumentando el número de capturas.

17 de julio.—Las gentes de Tagamoyo han terminado su sangrienta tarea, y comienzan á cruzar el río, dirigiéndose hácia aquí á tambor batiente, descargando sus armas en señal de alegría, y lanzando gritos como para decirnos: «Saludad el regreso de los vencedores, la venida de los héroes.» Las mujeres del cam-

pamento de Dagambé contestan con aclamaciones, y sus amigos con ruidosas salvas.

Dagambé niega haber autorizado la expedición, y Tagamoyo repite que ha ido sólo á castigar á los que hicieron un pacto amistoso con Manilla, porque siendo éste su esclavo no tienen derecho alguno de contraer alianza con los jefes, declarar la guerra y quemar pueblos, cosa que no deben hacer sino los hombres libres.

*
**

Un anciano llamado Kabobo ha venido á buscar á su mujer; he preguntado á esta última si aquel era efectivamente su esposo, y me ha contestado que sí, dándole despues un abrazo. Les he socorrido con cinco hilos de abalorios para que compren víveres pues se han quemado todos cuantos tenían juntamente con la casa. Se han inclinado hasta tocar el suelo con la frente, en señal de agradecimiento, y se han ido con lágrimas en los ojos.

Tagamoyo tiene en su poder diez y siete mujeres; los otros árabes de su caravana se han apoderado de veintisiete, y cuéntanse veinticinco muertas.

Han traído las cabezas de los jefes notables para que los amigos las rescaten por esclavos.

Muchos jefes cuyos pueblos fueron destruidos ayer, se han presentado á mí para rogarme que vaya con ellos á elejir sitio donde establecer sus moradas.

Les he contestado que me inspiraba tal vergüenza estar entre aquellas gentes, que no me atrevía á mirar ya á los Manymas cara á cara; que no me era posible permanecer mas tiempo entre hombres manchados de sangre, y que me iba á marchar cuanto antes. Me han suplicado

que no lo haga hasta que se hayan establecido.

La matanza de cien mujeres tan alegres y confiadas me causó un horror indecible; no hay que pensar en ir en ninguna parte con los bandidos de Tagamoyo; remontaré ó bajaré el Loualaba con mis banianos, é iré donde quieran.

*
**

Dagambé reconoce que ha cometido una gran falta dejando matar á las gentes del mercado y ha enviado á decir á los jefes que han venido á verme que se presentaran á él para hacer el pacto de sangre.

Su posición es crítica, y bien pronto no estaré yo aquí para protegerles. Como Dagambé es el menos malo de todos, les he aconsejado que fraternicen con él, invocando los lazos que les unirán para poner coto á las infamias de los subalternos.

Uno de los jefes ha exigido que antes de hacer nada le devuelvan á su mujer y su hija; pero los otros están aterrados y no se atreven á pedir nada.

He apoyado la petición, y Dagambé me ha contestado:

«No perdonaré medio alguno para obtener los cautivos, y los devolveré todos; pero es preciso que se haga el pacto de amistad sin tardanza, para que el mercado pueda abrirse de nuevo».

Dagambé y los otros comprenden ahora que al castigar á Manilla han dado muerte á los mejores amigos que podían tener los extranjeros, porque eran los que les abastecían de todo.

Mis esclavos declaran abiertamente que solo me seguirán hasta el Lomamé, sin pasar de allí. Por muchas que sean sus protestas, los tratantes de Oujiji no pueden avenirse á que yo sea testigo de sus atrocidades.

Mis banianos se darían al contrario por muy contentos si pudieran seguir á Tagamoyo, á fin de participar de sus rapiñas, y solo por esto acceden á venir conmigo; pero rehusarán seguirme tan pronto como me separe de aquel jefe.

*
* *

Yo debía bajar el Loualaba, remontarle despues y dirigirme hácia el Oeste; pero con esos sabuesos inundados de sangre no iré á ninguna parte.

El único camino que me queda es volver á Oujiji para formar otra escolta, aunque así pierda la ocasión de descubrir el cuarto gran lago de la línea del Loualaba, y otros puntos importantes.

He anunciado que marcharé decididamente al Tanganika dentro de tres días; hubiera querido hablar á Tagamoyo respecto á la mujer y á la hija del jefe, mas no puedo hacerlo porque huye apenas me vé.

Todos los demás sócios de Dagambé me han ofrecido una parte de sus víveres, instándome para que les diga sin reserva todo lo que necesito.

Solo he aceptado un poco de pólvora; pero luego enviaron como regalo cierta cantidad de abalorios, que les he pagado con el mayor gusto dándoles el equivalente en tela.

Este regreso me causa una pena profunda: cuarenta y cinco días en marcha en línea recta, cuando menos, lo cual representa trecientas millas, dobles por las sinuosidades del camino (cerca mil kilómetros), y esto despues de haber alimentado y vestido á los esclavos de los banianos durante veintiun meses.

Es posible, despues de todo, que convenga mas así.

Si no puedo fiarme de las caravanas que encuentre en Oujiji, deberé esperar hombres que vengan de la costa, con lo

cual perderé otros diez meses; pero con ayuda del cielo acabaré por llegar al Bona, donde veré desde luego los pueblos subterráneos; despues iré á Katanniga; luego á las cuatro fuentes, que distan unas ocho jornadas y por último ganaré el lago Lincoln.

*
* *

18 de julio.—El ataque ocurrido en el mercado y aquella horrible carnicería me han dejado una impresión dolorosa; faltaban solo las llamas y el azufre para que pudiera figurarme que estaba en el averno; y aun aquel calor tan espantoso, el humo de la pólvora y la lluvia de las balas bastaron para que me hiciera esta ilusión.

Este ejemplo infernal de la maldad del hombre me ha ocasionado dolores de cabeza que hubieran podido ser graves sin el copioso flujo de sangre que siempre me alivió.

He pasado todo el día de ayer agobiado por el recuerdo de la cruel matanza, que se representa á cada momento inspirándome horror.

Los jefes Manyemas me dicen que no me vaya, pero no puedo continuar en esta agonía.

19 de Julio.—Dagambé me ha enviado una hermosa cabra, pólvora, abalorios azules y várias telas para que compre los víveres que pueda necesitar en el camino.

Le he propuesto dejarle algunos artículos de cambio á fin de que me compre algunos objetos de la industria de los Manyemas, y me ha remitido al punto dos grandes espadas con dos lanzas, igualmente notables, diciéndome que no le diese nada y que haría nuevas adquisiciones con sus propias mercancías, para darme luego algunas cosas mas.

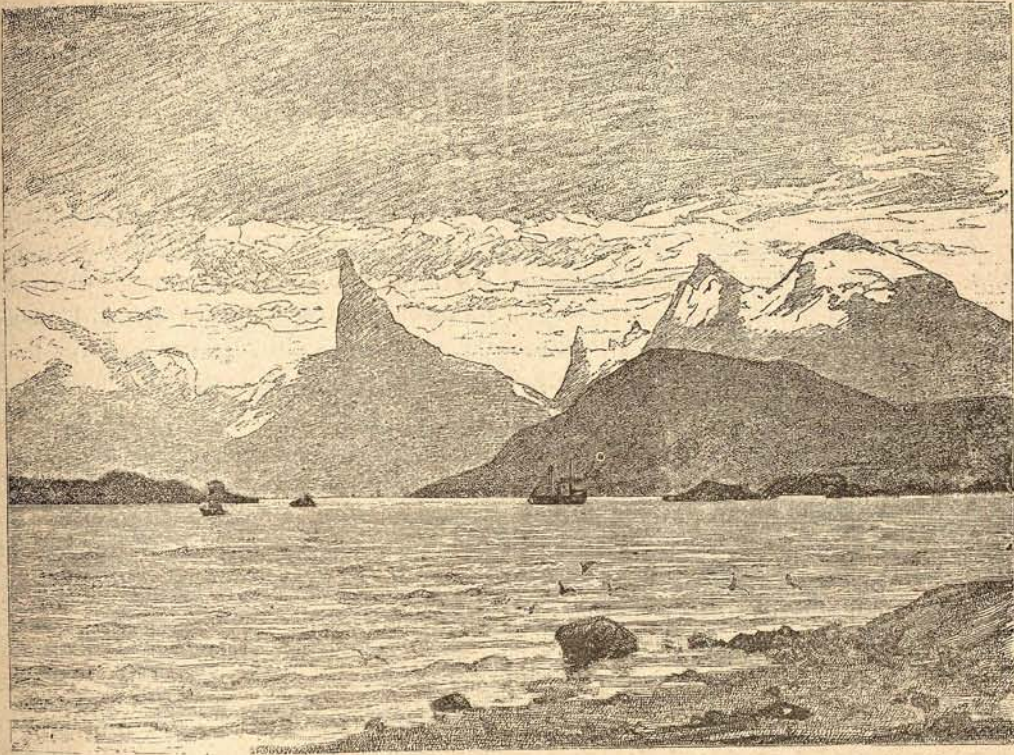
Siempre me ha manifestado este hombre un sincero afecto.

*
**

Hoy han acudido algunas mujeres á la plaza, mientras que otras veces venían en tropel; algunas que llegan de la orilla opuesta han traído sal para rescatar varios de los cestos que tenían los esclavos. No había en el mercado mas que unas doscientas personas, por lo regular

aquéllos que no tenían que lamentar la muerte de alguno. Una mujer de arrogante presencia, que habia recibido un tiro en el brazo derecho, llevaba la herida vendada.

Un jóven Manyema trabajaba por uno de los hombres de Dagambé, que quiere construir una casa, y mandó preparar el terreno: cansado ya el indígena, rehusó comenzar una zanja que le mandaban abrir; pero en el acto le descargó un agente de Dagambé un hachazo que le



EN EL TANGANIKA

ocasionó la muerte pocas horas despues. Los padres llegaron luego para enterrarle y entregarse á las lamentaciones de costumbre: pero es tal su espanto que no se atreven á quejarse á Dagambé.

20 de julio.—Salgo para Oujiji: todos

los compañeros de Dagambé han venido á despedirse, acompañándome á corta distancia.

La marcha ha sido breve; despues de haber estado ocioso tanto tiempo no hubiera sido prudente cansarme mucho el

primer día, porque difícilmente se triunfa de las consecuencias de esta primera fatiga.

*
**

22 de julio.—Uno de los esclavos estaba indispuerto y los demás dijeron que se hallaba gravemente enfermo, con el objeto de que les quedara tiempo para negociar el precio de ciertas mujeres con las cuales habían cohabitado. Dagambé que comprendió el engaño me dijo: «Dejadme el enfermo; si cura, le alimentaré; y si muere lo enterrarán; pero no os detengais por nadie; viajad en masa compacta, porque seguramente no veréis mas á los rezagados.»

Decía esto porque en su último viaje se habían quedado atrás siete hombres y una mujer que fueron muertos en el bosque.

Me aguijoneaba el deseo de alejarme, y por lo mismo me puse en marcha al romper el día.

Una etapa de seis millas nos ha bastado para llegar al pueblo de Mañkoura, donde ya había pasado la noche al venir. El jefe Mokandira nos ha conducido hasta aquí: yo le prometí una brazada de tela si atravesaba el Lomamé; y pareció muy sorprendido al oír lo que le dije de las moradas subterráneas, asegurando que era la primera vez que oía hablar de tal cosa.

Muchos de los arroyos que antes tenían una corriente rápida están ahora secos.

Comienza á tronar y caen algunas gotas.

23 de julio.—He pasado el Kounda con dos piraguas; tiene cincuenta varas de ancho: despues he subido por el lado del valle, donde se extienden las aguas dirigiéndose á la cadena del Lobanngo.

Nos siguen muchos indígenas deseosos de llevar bagajes para obtener algunos

abalorios. Várias mujeres que se dirijen al mercado donde las conocimos, y que saben que nosotros no tomamos parte en la matanza, vienen á saludarnos amablemente. Tanto para ir como para volver, recorren unas veinticinco millas, y esto con cargas mucho mas pesadas que las de los esclavos. Hablan de mí, para elogiarme, calificándome de *hombre bueno*.

*
**

25 de julio.—Hemos caminado ayer por un magnífico valle que encierra muchos cultivos y cruzado por una cresta de trescientos piés de altura, en la cual se ven pueblos: es el Lobanngo. El sendero se corre por la cima de la rampa, y todo este magnífico país se despliega á la vista como en una carta geográfica.

Franqueando despues el Kahemmbai, corriente rápida que se agrega al Kounda para reunirse despues con el Loualaba, hemos pasado por otra rampa llena de pueblos, muchos de los cuales han sido quemados por las gentes de Selim Mokadem.

26 de julio.—Despues de franquear la pendiente del valle de Kahemmbai, hemos avanzado por una llanura horizontal cubierta de bosque, aunque no muy espeso.

Cuatro hombres pasaron apresuradamente junto á nosotros y nos dijeron que iban á dar aviso á la familia de una mujer que había muerto en el pueblo. He oido hablar últimamente de varias muertes acasionadas por la disentería.

Poco tiempo despues vimos pasar corriendo veintidos hombres, que abrazaban grandes escudos negros y cuadrados; iban á recibir el cuerpo de la difunta, con cuanto le había pertenecido para trasladarla á su pueblo natal donde debían verificarse los funerales.

CAPITULO VIGÉSIMOQUINTO

KAMA Y KAVANGO—UNIÓN DE FUERZAS—VARIAS TENTATIVAS DE ASESINATO —¡DIOS ME PROTEGE!—VUELVE EL CANIBALISMO NUEVAMENTE—FECUNDIDAD PRODIGIOSA —TEMOR DE LOS MANYEMAS—GRANDES APUROS—EL BUEN SAMARITANO

ANAS veinte mujeres seguían á los hombres, que esperaron debajo de los árboles hasta que aquéllos volvieron con el cuerpo.

Llego al pueblo de nuestro amigo Kama.

27 de julio.—He cruzado por muchos pueblos ántes de llegar á Kassonngo, donde todos los árabes que están allí acampados se apresuran á felicitarme.

28 y 29 de julio.—He comprado dos cabras á un precio razonable, y aprovecho el domingo para descansar.

Los árabes me han pedido permiso para que vaya con nosotros una de sus caravanas que se dirige á Uujiji, para buscar mercancías. Esto aumentará nuestras fuerzas, protejiéndonos tal vez contra los naturales, justamente irritados.

La gente de los árabes ha recibido orden de prestarme auxilio en caso necesario: pero naturalmente quedo obligado á proceder del mismo modo.

Kassonngo se halla ausente; acompaña en la clase de guía á una caravana que va en busca de marfil y esclavos y aprovechará la ocasión para traficar por su cuenta lo más posible.

30 de julio.—Envíanse treinta colmillos á Uujiji, propiedad de los árabes,

encargándose diez y siete manyemas de su conducción. Es la primera vez que veo á las gentes de su raza aventurarse á unas cincuenta millas de su país natal.

Después de una corta etapa de tres millas, llegamos á unarampa que domina las márgenes del Sokoyé y hemos pasado la noche en un pueblo construido sobre una colina situada á corta distancia.

*
* *

31 de julio.—He atravesado el desfiladero que separa el monte Kimazi del llamado Kidjilla; una columna de estalactita adorna la entrada de una gruta que allí existe.

Llegamos á los numerosos pueblos de Manngala, donde nos detenemos por estar enfermos dos esclavos.

*
* *

1.º de agosto.—Al rededor de nosotros se forma un gran mercado.

2 de agosto.—Saliendo de Manngala, atravieso muchos pueblos, todos desiertos por efecto de la venganza de Dagambé cuando mataron á varios de sus hombres.

Los compañeros de Kassonngo parecen ávidos de saquear á sus compañeros; con este motivo me ha sido necesario hacerles algunas observaciones y he mandado que los vigilen.

Aquí abundan mucho las bananas, que son de buena calidad y en extremo baratas.

Pasando por Kitetté, vamos á pasar la noche al pueblo de Loembo.

Tres esclavos han emprendido la fuga: hacemos alto para no abandonar el marfil; pero Kassonngo ha venido á reemplazar á los fugitivos.

He observado frecuentemente en el Manyema efigies humanas, consistentes en pequeñas estátuas de madera; y tambien unos renos de arcilla que tienen en la extremidad un agujerito. Por primera vez he obtenido aquí una explicación que pueda inspirar confianza.

Estas imágenes se llaman jefes (padres ó abuelos), y se les conservan religiosamente los nombres de la persona que representan. Las de Kititté tienen evidentemente nombres de jefes, tales como Molenda, muerto en época lejana; Mbayo, Yammba, Kammoanga, Kitammboué, Noñgo, Auloumba, Yenghe Yenghe, Limba, Mayaña y Louemboué, que fallecieron mas recientemente. Observo que los naturales tienen mucho empeño en que los nombres se pronuncien con toda exactitud.

Los ancianos me han dicho que en ciertas circunstancias se hacen ofrendas á estas imágenes, que consisten en carne de cabra; los hombres se la comen despues pero no deben tocar á ella las mujeres ni los adolescentes.

La carne de lora no debe ser comida tampoco sino por los ancianos, pues se cree que si los jóvenes se alimentasen de ella andarían como aquella ave.

*
* *

4 de agosto.—He atravesado una extensión de varias millas completamente ocupada por varios pueblos, pero todos quemados, sólo por haber rehusado la población dar alojamiento á cierto árabe.

Los habitantes empiezan á rehacer sus viviendas, y aléjanse de nosotros; pero una de mis cabras ha sido herida de una lanzada, por una mano invisible, lo cual nos anuncia que no está lejos el peligro.

5 y 6 de agosto.—Hemos recorrido muchas millas á través de un bosque de palmeras y bananas, pasando despues la noche en un pueblo rodeado de una empalizada. Los habitantes nos miraban con recelo, y al parecer con hostilidad.

7 de agosto.—Comienzo á enfermar; cada paso es un sufrimiento.

Nos hemos detenido en un pueblo cuyos habitantes huyeron al presentarnos, rehusando acudir á nuestro llamamiento. Más tarde se acercaron para tirarnos piedras, é hicieron lo posible para matar á dos de los nuestros que habían ido á buscar agua.

Hemos dormido mal con estas gentes hostiles al rededor de nosotros. Esta mañana he destacado algunos hombres para que exploren el camino.

8 de agosto.—Los indígenas no han querido parlamentar: recuerdan muy bien lo que hicieron las gente de Ben Djouma y de Bogharib sólo por haber tirado en el bosque los colmillos de elefante que llevaban contra su voluntad; y he debido marcharme sin poderles decir nada.

*
* *

Al cruzar por un bosque, entre dos muros de compacta vejetación que corrían á derecha é izquierda, llegamos á un paraje en que varios árboles caídos interceptaban el paso: aquello era evidentemente una emboscada, pero no se

descubría cosa alguna, y pensamos que se habría desistido del proyecto.

No obstante al mirar hácia arriba, divisamos una sombra, como la de un hombre; y un lijero roce entre el follaje indicó el paso de una lanzada; un segundo despues pasó por mi derecha otra de estas armas arrojadizas que rozándome la espalda fué á clavarse en el suelo.

Los dos hombres que me habían tirado sus armas, aparecieron luégo en un claro, por donde se les vió pasar corriendo, sólo á quince pasos de nosotros; uno de ellos volvió la cabeza sin dejar de huir.

Yo iba en la retaguardia y ya habían pasado todos los hombres de la caravana, cuando llegué al sitio donde me esperaban los indígenas, los cuales me tomaron por Bogharib, segun supe despues.

Una ropa de color rojo que me habían visto en otro tiempo les hizo creer que yo era el mismo que Ben Djouma envió contra ellos, y que mató á cinco de los suyos, capturando once mujeres y veinticinco cabras.

Yo no sé cómo no me tocaron, porque su destreza era notable; la mano de Dios debió protegerme.

Un enemigo invisible me disparó una tercera lanza, que pasó silbando delante de mí; no faltó ni un pié para que me alcanzase.

*
**

Nuestras gentes hicieron varios disparos contra la espesura, pero sin resultado alguno, á pesar de que oimos junto á nosotros á los enemigos que se burlaban descaradamente, y llegaron á matar dos hombres de la caravana.

Al llegar á una parte del bosque donde se había hecho la corta para cultivarlo, llamóme la atención un árbol enorme, que parecía más gigantesco por estar si-

tuado en la cima de un hormiguero de veinte piés de altura.

Habían pegado fuego á sus raíces, y un crujido me anunció que el elemento devorador había hecho su obra. Sin embargo, no me alarmé hasta el momento en que ví al coloso inclinarse hácia el sitio donde yo estaba; entónces retrocedí corriendo y al punto le ví caer á ménos de un metro detrás de mí, rompiéndose en varios pedazos, y cubriéndome de una nube de polvo; á no ser porque ya se habían cortado las ramas, era imposible escaparme; hubiera muerto aplastado.

En un día me había librado tres veces de un inminente peligro de muerte.

Mis servidores, que se habían dispersado, acudieron hácia mí gritando: «¡No os inquieteis! acabaréis vuestra obra á pesar de esas gentes y de todos los obstáculos.»

Así como ellos veo en todo esto un buen presagio: el éxito coronará mis esfuerzos. Doy gracias al Todopoderoso.

Hemos afrontado así el peligro durante cinco horas, en medio de gentes emboscadas, íntimamente convencidas de que si me mataban vengarían la muerte de sus parientes.

De cada hueco que presentaba el follaje podía partir una lanza; á cada segundo esperábamos oír el roce de una arma mortífera dirigida contra nosotros; pero al fin cansado de aquel temor incesante, avancé presuroso, no por valor, sino por indiferencia, siéndome ya igual que me mataran ó no, sucediéndome á mí lo que creo que sucede á muchos en el campo de batalla.

*
**

Al fin salimos del bosque, y atravesando el Laiya, nos encontramos cerca de los pueblos de Monanbounda. Mientras descansábamos apareció Mouanamm-

pounda, que avanzó con paso majestuoso, y sin armas; había oído el inútil tiro-teo de mis hombres, y deseaba saber lo que ocurría. Expliquéle la equivocación de Mounaungounga, al pensar que yo era Bogharib, y nos dirigimos juntos al pueblo.

Por la tarde me envió diez cabras, para reemplazar las diez que yo había perdido, manifestándome por un mensajero que si ponía á su disposición mis gentes armadas, reuniría todo su pueblo para prender fuego al bosque y castigar á los que me atacaron. Contestéle que como el ataque de que había sido víctima no había sido á mí, y si á Mahmmmed Bogharib, con el cual me confundieron, no deseaba en modo alguno que matasen á ningun hombre, y al envenenar los antiguos odios no se conseguiría más que aumentar los males.

El jefe comprendió la lógica de mis razones.

Como quiera que sea, en todo este negocio he perdido el resto de mi percal, un telescopio, mi paraguas y cinco lanzas, objetos que tiró el esclavo que los llevaba, á fin de huir mas facilmente, llevándose sólo el fardo de tela que le pertenecía.

9 de agosto.—Marcho á Mamohela despues de separarme de los árabes. Moanumpounda ha tenido á bien acompañarme á bastante distancia; al llegar á un sitio donde estaba pisoteada la yerba, me ha dicho. «Aquí hemos matado á un hombre de Moizia y nos lo hemos comido.»

*
* *

10 de agosto.—Respecto á este último hecho de que me habló el jefe, he sabido que la caravana de Dagambé que venía de Momaloulo encontró en el territorio de Mounampounda marcadas seña-

les de una sangrienta lucha, y vió restos de las carnes del hombre que se habían cortado para cocerlas con bananas.

A los naturales no les gusta que los extranjeros vean sus festines; y como les incomodan tambien sus reprensiones y críticas les aconsejan que se vayan y les dejen comer tranquilamente.

Aquí no cabe duda: Mouanampounda me ha dicho sin rodeos que había devorado al hombre de Moizia: parece que comen sus enemigos para cobrar valor ó para vengarse.

Y, cosa extraña, no es la necesidad lo que ha dado origen á esta costumbre, pues en el país hay tal superabundancia de alimentos, que ninguno puede padecer hambre. En lo tocante á los artículos harinosos, los Manyemas tienen sorgho, maíz, patatas, y diversos granos; en cuanto á grasa abunda el aceite de palma, el sesano, los alfonsigos y el fruto de un arbol del que se extrae un aceite muy dulce.

Poseen asimismo la caña de azúcar y las bananas; y por lo que hace á la carne, hay en todos los pueblos cabras, carneros, perros, aves y cerdos en abundancia. El bosque está lleno de elefantes, búfalos, cebras y antilopes, y los rios les ofrecen no pocas variedades de peces

El suelo es tan fértil, que basta escarbar lijeraente la tierra para obtener el mismo resultado que alcanzamos nosotros á costa de grandes fatigas.

El hambre ó la falta de alimento animal no son pues, la causa del canibalismo.

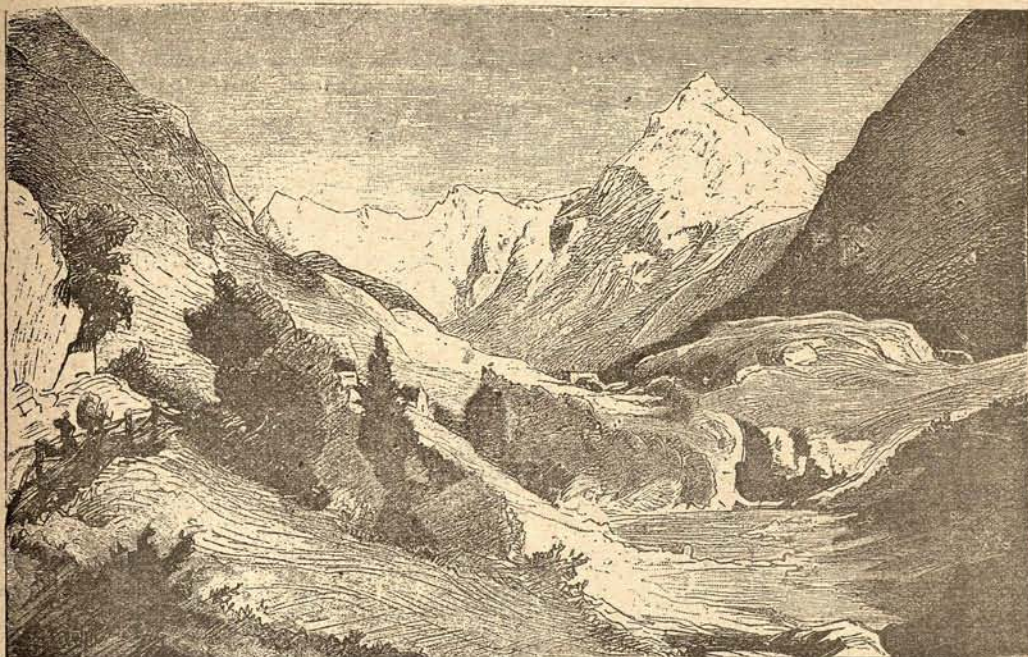
Ademas de esto, el Loualaba ofrece á los indígenas muchas ostras de concha muy gruesa que en el país llaman *makezis*; y en ciertas épocas del año, las mujeres baghenias van á recojerlas del fondo del río. Dícese que estas ostras tienen perlas; pero á ninguno se le ha ocurrido allí ensartarlas.

*
**

Los Manyemas temen de tal modo las armas de fuego, que todo aquel que tiene que arreglar una cuenta ó ventilar alguna disputa ó reclamación, busca un fusil,

se lo echa al hombro y va á tratar el asunto con su contrincante, con la seguridad de que se arreglará muy pronto, gracias á la presión que el arma ejerce, aun cuando todos saben que el individuo que la lleva no llegará á hacer uso de ella.

11 de Agosto.—Al cabo de una pro-



LA CORDILLERA

longada marcha de seis horas á través de llanuras herbáceas y de corrientes de agua orilladas de árboles, hemos llegado al país de Kassesa, el jefe de Mamohela, que ha obtenido el auxilio de los árabes para vengarse de sus compatriotas, con motivo de las antiguas guerras.

Ha dado cabras á los tratantes, conduciéndoles durante la noche á los pueblos vecinos, donde aumentaron el número de aquéllas, capturando muchas indígenas que deberán ser rescatadas á buen precio.

Sin embargo, los naturales han acabado por reconocer que no produce cada

tiro la muerte, y que en la última correría se armaron muchos de arcos y flechas y obligaron á los acometedores á tirar sus armas y la pólvora.

Seguramente no hubieran tenido compasión á los vencidos á no mediar la circunstancia de tener éstos en su poder varios Manyemas prisioneros.

Me ha sido necesario descansar medio día, porque estoy enfermo.

*
* * *

12 de Agosto.—El campamento de Ma-

mohela está completamente abrasado; paso la noche en el pueblo.

13 de Agosto.—Me traslado á un burgo situado á orillas del Lolinedi; padezco mucho.

Un hombre me ha traído un milano joven que aun no había echado todas sus plumas y que cojió en el nido.

Es el primer caso en que me puedo asegurar de la existencia del ave en esta latitud: en la región intertropical el milano es una ave de paso que probablemente viene del mediodía.

14 de Agosto.—He atravesado muchos arroyuelos cristalinos, llegando á un pueblo situado en el flanco de una cadena de montañas.

15 de Agosto.—Llegamos á Mouanmbongo.

Las primeras lluvias, el 12 y el 14, no son muy fuertes; pero cerca de Louma corría el agua por los caminos.

16 de Agosto.—Ya estamos en el Louamo; me aqueja mucho la disentería.

*
* *

17 de Agosto.—He pasado el río y acabo de enviar un mensaje á mi amigo Katommba, que me ha remitido en cambio muchos víveres.

19 de Agosto.—Me reúno con Katommba en el pueblo de Moineimgoi, donde dispensan la mejor acogida todos los árabes, que acaban de hacer una fructuosa expedición; han necesitado tres viajes para recojer todo su marfil.

Kanyengheré fué atacado últimamente por ellos, resultando de la pelea ciento cincuenta cautivos muertos; parece que se trata de una antigua disputa de Moineimgoi, que los tratantes se han encargado de zanjar.

No hay noticias de Oujiji; Mohammed Bogharib sigue siempre en Bamarré con mis cartas.

19 y 20 de Agosto.—La debilidad me obliga á detenerme.

21 de Agosto.—Llego hasta las palmeras que se hallan al Oeste del paso del monte Kanaima.

*
* *

22 de Agosto.—Ya estoy en Bamarré.

28 de Agosto.—Me encuentro mejor, y doy á Dios gracias por ello.

La caravana de Mohammed tiene trescientos *frasilhas* de marfil; la de Katommba ha reunido treinta y cinco mil libras.

29 de Agosto.—He pasado toda la noche muy enfermo.

30 de Agosto.—No siento ningún alivio; pero quiero ir al pueblo de Monandeunda, situado á orillas del Lommbonda.

31 de Agosto.—Acabo de franquear la montaña.

*
* *

1.º de Setiembre.—Después de atravesar la mitad de la cadena, resuelvo pasar la noche en un bosque cruzado por cristalinas corrientes.

2 de Setiembre.—Comienzo á bajar la pendiente de la cadena y llego á una colina, en cuya punta más alta se ve un pueblo.

*
* *

3 de Setiembre.—Reinan los vientos del equinoccio, llego á Lohembo.

5 de Setiembre.—Ya estamos en el pueblo de Kasanngangari.

6 de Setiembre.—Descanso.

7 de Setiembre.—Paso al pueblo de Mamma.

8 de Setiembre.—Descanso.

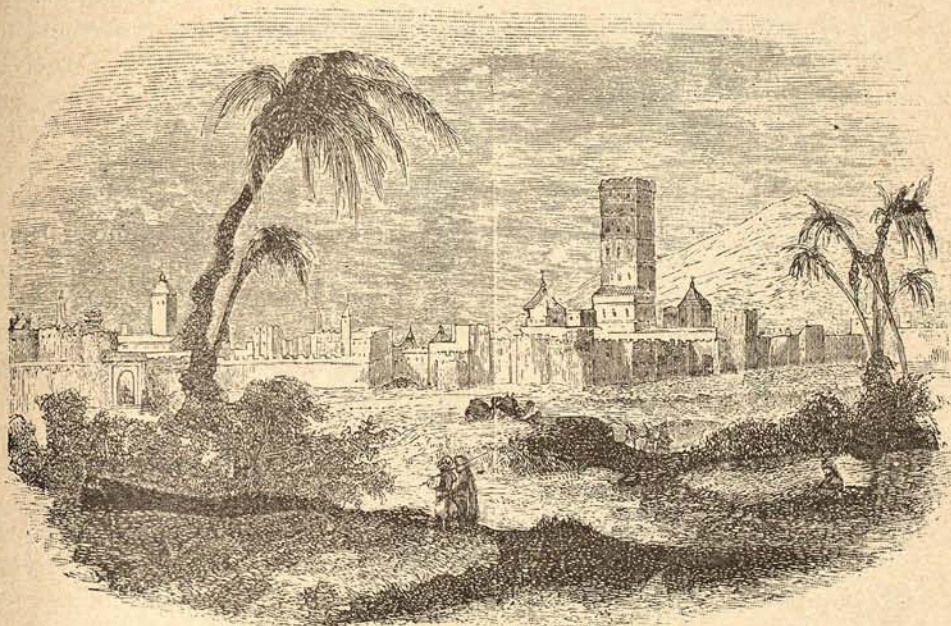
9 de Setiembre.—Han acusado á mis gentes de robo; pero he probado la false-

dad de la acusación, con gran despecho de los árabes, que hubieran querido poder decir: «Los hombres del inglés roban también.»

Durante la última marcha hemos cruzado por varios arroyos que hay entre el pueblo de Kasanngangari y el de Mamba.

ro de Setiembre.—Un joven Manyema ha querido seguirnos: yo insistí para que el padre le diera su consentimiento y se lo concedió al punto; pero el muchacho no ha podido soportar la fatiga, y nos ha dejado á las pocas horas.

Llegamos al valle de Kapemmba, después de atravesar un magnífico país on-



VISTA DE UNA CIUDAD AFRICANA

dulado, y damos vista al pueblo de Molemmbou, donde pasamos la noche.

12 de Setiembre.—Dos hombres están enfermos, lo cual me obliga á detenerme, aunque no me sienta del todo mal. La harina de sorgho que ahora no nos falta, ha contribuido que recobre mis fuerzas; á es casi tan buena como la del trigo; la del maíz no es tan saludable.

*
* *

Para llegar aquí hemos hecho una larga marcha por un terreno llano, donde se

elevan á los dos lados altas montañas. Durante el trayecto hemos franqueado un riachuelo llamado Kalangai.

Yo había insinuado á Mohammed que si recibía á mis desertores podría seguirle perjuicio; y, temeroso sin duda, ha corrido dos días tras demí, instándome para que crea que no han encontrado apoyo en él. Dióme después satisfacciones razonables, y empeñóse en regalarme una cabra.

Las gentes de aquí no quieren vendernos nada, con lo cual es mucho más apreciable la cabra de Mohammed.

15 de Setiembre.—Ayer estábamos en el pueblo de Pyanamosinedé, y hoy llegamos al de Karoungamagao: el país es magnífico y está cubierto de verdor.

16 y 17 de Setiembre.—Hemos hallado víveres y nos detenemos para comprarlos.

18 de Setiembre.—Llegamos á un pueblo defendido por una estacada, cuyos habitantes no quieren recibirnos; y por lo tanto vamos á establecernos en el bosque, á unos mil pasos del recinto. Para mí es preferible esto á quedarme en las casas de los pueblos, porque abundan los ratones y los parásitos y porque además no se contrae ninguna obligación.

*
* *

19 de Setiembre.—Vemos que los Barona destruyen todos los pueblos Manyemas que no tienen estacada.

20 de Setiembre.—Hemos llegado al pueblo de Kannda, que se halla á orillas del Katemmba, cruzando por grandes plantíos de yuca.

Desde allí nos dirigimos al de una mujer que tiene la dignidad de jefe, y hemos construido nuestras chozas á cierta distancia de los pueblos, en los alrededores de una corriente termal, llamada Kabila, cuya temperatura es la de la sangre.

21 de Setiembre.—Franqueando por el arroyuelo que forma la fuente termal, ganamos el pueblo de Mokouanihoua, situado á orillas de un río que llaman Gannbizé. Hemos encontrado la caravana de Nassour Massoudi, que lleva doscientos hombres armados.

Dicho jefe me ha regalado un magnífico carnero; notificándome la muerte de Said-Medjid.

Este último estaba ya enfermo; tuvo una recaída en su nueva casa de Darsellam, y espiró tres días después.

Pierdo en él un buen amigo, que siempre me manifestó la mayor benevolencia,

dándome dos firmas que me autorizaban á reclamar el auxilio de todos sus súbditos.

Le sucede en el poder Said-Bargache, cambio que me inquieta, pues no sé hasta que punto llegará la bondad de este último.

La viruela está ahora haciendo estragos en Oujiji.

22 de Setiembre.—Massoudi se dirige al Norte; nosotros nos detenemos un día para descansar y comer el carnero que nos regaló.

*
* *

23 de Setiembre.—Pasamos por medio de una población compuesta de Barou y de Bagoua; y después de atravesar dos veces el Longoumba, nos acercamos á la gran masa montañosa que hay al poniente del Tanganika.

Las gentes de Ougouhua están mal dispuestas respecto á nosotros; conocen demasiado bien las caravanas para acoger benévola mente á los extranjeros. Así como los Manyemas, son hábiles comerciantes.

Esta marcha de regreso, á partir de Nyangehué acaba de agotar mis fuerzas, y me parece que voy á morir andando.

Cada paso es un dolor; he perdido el apetito; basta un bocado para producirme una violenta diarrea; y el abatimiento moral influye poderosamente en mi físico.

Todos los tratantes vuelven satisfechos; sus expediciones han sido fructuosas; sólo la mía ha fracasado, y esto cuando me hallaba tan cerca del término.

3 de Octubre.—Durante mi permanencia en el Manyema he leído cuatro veces la Biblia desde la primera hasta la última página.

8 de Octubre.—El camino está cubierto de fragmentos de cuarzo angulosos,

que me lastiman cruelmente los piés, oprimidos en unos zapatos franceses que no son de mi medida; no me explico como pueden resistir los hombres y las mujeres que van siempre descalzos.

*
* *

El polvo del camino nos produce oftalmías semejantes á la que afligió á Speke; es la primera vez que padezco de los ojos en Africa.

Franqueado el Lohommba, que se vierte en el lago, llego á Loanda, y pido piraguas á Kassannga, jefe del Ougouhua.

Así como el Lohommba, el Loñgommba toma nacimiento en las montañas que llaman el Kabogo del Oeste.

Estábamos á una distancia de doce jornadas, cuando percibimos un fragor comparable con el del trueno: era el mugido de las olas que se introducían en las cavernas del Kabogo.

¿Será el Loñgommba emisario del Tanganika? El país se inclina en la dirección del Loualaba; pero estoy demasiado enfermo para practicar reconocimientos.

15 de Octubre.—Llegamos al noveno islote de Kasenggé. Despues de muchas dilaciones he podido conseguir que me alquilen una buena canoa por seis brazadas de percal; y gracias á esto podemos llegar al islote de Kabizioua.

19 de Octubre.—Hemos marchado ayer en dirección al Kabogo del Este, á donde llegamos hoy á las ocho de la mañana.

20 de Octubre.—Nos detenemos un día para que descanse la tripulación.

22 de Octubre.—Estamos en Rommboba.

*
* *

23 de Octubre.—Habiéndonos puesto en camino al rayar el día, llegamos por fin á Oujiji. Todos los árabes nos hacen

la mejor acogida, particularmente Meinyegheré.

Me veo reducido á estado de esqueleto. Aquí hay mercado todos los días y creí que con un buen alimento y tranquilo reposo podría restablecerme; pero he sabido esta tarde que nome quedan recursos.

Sherif lo ha vendido todo segun me lo habían asegurado mis servidores; y Meinyegheré, jefe de la colonia árabe, ha confirmado el hecho.

De tres mil varas de percal no me han dejado una, de siete mil libras de abalorios no encuentro un solo grano.

Yo había formado mis planes; y pensaba que si no podía reunir aquí conductores, esperaríá que llegasen de la costa; pero nunca se me ocurrió que pudiera verme reducido á la mendicidad. Me agobia la desesperación.

Sherif notiene evidentemente la menor idea de lo que es moralidad, pues ha venido á ofrecerme la mano, y cuando yo rehusé tomarla, pareció resentirse.

24 de Octubre.—Dos veces ha venido ese hombre á visitarme hoy; diríase que aun se quiere burlar.

Le he manifestado que si yo fuera un árabe habríá mandado ya que le cortasen las manos y las orejas, por ladrón: y que no necesitaba de sus saludos.

Se necesita mucha paciencia, y es muy doloroso ver á los esclavos de este bribón traer del mercado las mejores cosas compradas con mi haber.

*
* *

Todo cuanto yo poseía ha sido comprado por los amigos de Sherif á cambio de una bagatela.

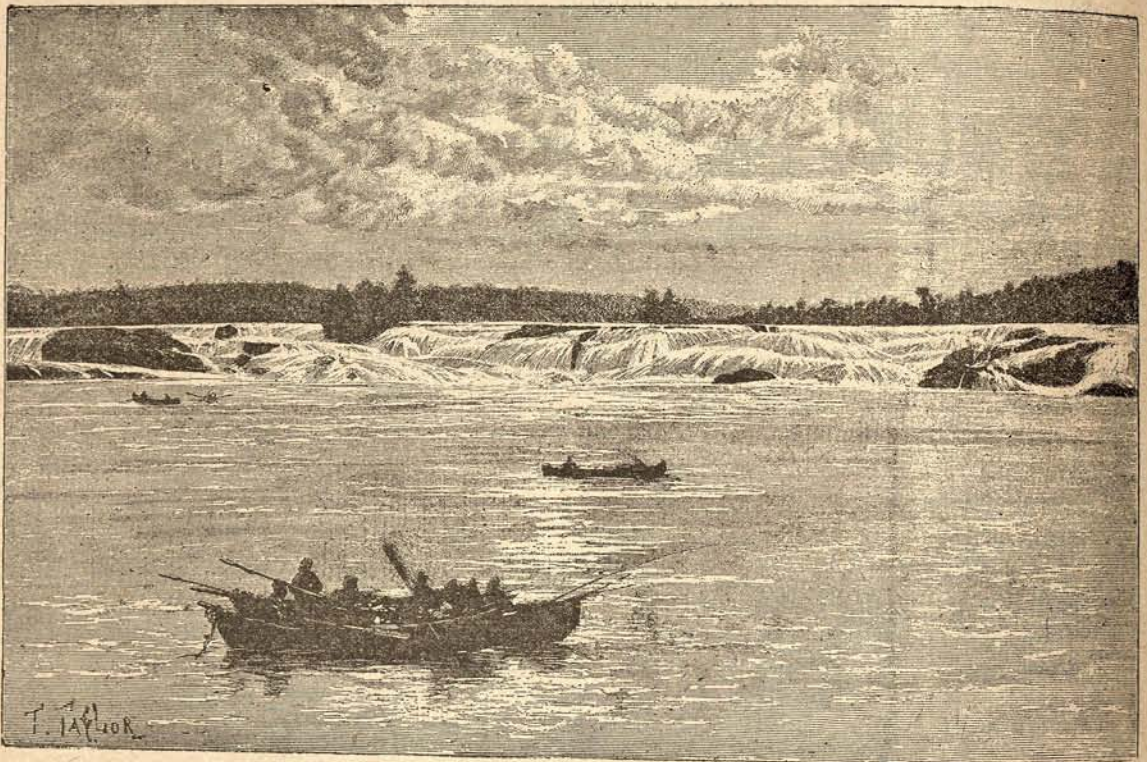
Said-ben-Mejid, hombre honrado, proponía obligar á la restitución, cogiendo todo el marfil que Sherif había recibido en cambio; y devolverlo á los compradores; pero estos no han querido despren-

derse de los objetos que adquirieron tan baratos, aunque ninguno ignoraba que eran robados.

27 de Octubre.—Estoy en la miseria, como aquel infeliz que al ir de Jerusalem á Jericó cayó en manos de unos ladrones; más no puedo esperar que un levita ó un buen samaritano pase junto á mí.

Sin embargo, ayer vino á verme Said-ben-Medjid y me dijo: «Es la primera vez que nos encontramos solos, y aprovecho la ocasión para hablar de negocios; no tengo artículos de cambio, pero si de marfil; permitidme vender una parte para ofrecerlos su valor.»

La proposición era generosa y suficien-



EL LOÑGOMBA

te para animar á cualquiera; pero contesté que todavía no había llegado el momento* de aceptar, que aun me quedaba alguna tela y abalorios, depositados en casa de Mohammed-ben-Seli antes de marchar al Manyema; y que podría vivir con esto algun tiempo.

*
**

30 de Octubre.—En el momento que mayor era mi desesperación, acercábase el buen samaritano. En la mañana del 27 ví á Souzi que llegaba corriendo, y casi sin aliento me lanzó estas palabras: «Un inglés! yo le he visto.» Y así diciendo, partió como una flecha.

A poco ví aproximarse una caravana; la bandera de los Estados-Unidos que

flotaba en primer término me indicaba la nacionalidad del viajero.

Ví fardos de mercancías, ollas, caceros, tiendas de campaña, etc., etc., lo cual me hizo pensar que el recién venido era rico y espléndido, pero confieso que no adivinaba quién pudiera ser el extranjero.

Era Enrique Morelan Stanley, corresponsal del New-York Herald, enviado por James Gordon Bennett, á costa de más de veinte mil duros, para adquirir noticias del doctor Livingstone; y en caso de haber muerto, para buscar mis huesos y llevarlos al país.

Lo que Stanley tenía que decir á un hombre que desde hacía dos años no había recibido noticias de Europa, conmovió todas sus fibras.

La espantosa suerte de Francia, los cables telegráficos colocados en el fondo del Océano, la elección del general Grant, la muerte de lord Clarendon, las mil libras esterlinas votadas para mi viaje, en prueba de que no me habían olvidado, y

otros muchos hechos interesantes, han despertado en mí emociones que dormían desde que llegué á Manyema.

He recobrado el apetito; en vez de las dos insípidas comidas que hacía antes, ahora necesito cuatro; y siento que renacen mis fuerzas.

Yo no soy demostrativo, y hasta tengo esa frialdad que caracteriza á nuestros insulares, pero al pensar en Mr. Stanley mi gratitud no tiene límites, y aun me avergüenzo un poco de no ser más digno de semejante generosidad.

Mr. Stanley ha cumplido su misión con una energía inquebrantable, y con su buen juicio supo triunfar de los mayores obstáculos.

Vió que los compañeros que debían secundar sus esfuerzos eran hombres depravados, que hicieron todo lo posible para que encontrara su tumba en Africa; y no solamente fueron inútiles en vez de auxiliarle, sino que con su poder entorpecieron muchas veces su marcha.

CAPITULO VIGESIMOSEXTO

PARTEN JUNTOS LOS DOS CÉLEBRES VIAJEROS—UNA CELADA—ENFERMEDAD DE STANLEY—LA ESPOSA DE MAKAMBÉ—LA NAVIDAD Y EL AÑO NUEVO—STANLEY EXCELENTE CAZADOR—VUELVE Á AGRAVARSE SU ENFERMEDAD—LLEGADA Á KANIHARA—¡ADELANTE!

NOVIEMBRE, 15.—Como sir Roderik Murchison tiene un gran interés en que se explore el Tanganika, marchó al Norte del lago con Mr. Stanley, á espensas de éste y con sus hombres.

16 de Noviembre.—A la cuatro horas de Navegación llegamos á Kigoma.

20 y 21 de Noviembre.—La población es muy numerosa: algunos naturales nos intiman á que nos detengamos para pagarles el tributo; pero viendo que no hacemos caso, nos injurian, lanzando piedras con furor; una de ellas, disparada probablemente con una honda, ha caído junto á la piragua.

Continuamos avanzando hasta entrada la noche, y desembarcamos despues en la base de una roca.

Mientras se preparaba la cena, presentáronse varios hombres para hacernos preguntas; á poco vinieron otros, y despues mas aun, que nos recomendaron que durmiéramos aquí y que al día siguiente nos traerían víveres.

Depositados los bagajes en tierra, pusimos centinelas en el arrecife.

Bien pronto se vieron varios hombres que se acercaban ocultándose detrás de las rocas; y despertándose con esto nuestras sospechas, volvimos á embarcarnos en silencio, alejándonos de la orilla.

A los pocos momentos oímos voces como de gentes enfurecidas que dejan escapar su presa.

*
**

22 de Noviembre.—Llegamos esta mañana á Magala, cuyos naturales son benévulos; pero están en guerra con Makamme, jefe de un pueblo vecino.

El lago se estrecha hasta no tener mas que unas diez millas de ancho; las montañas del Oeste se dirigen hácia la cadena opuesta.

Una cadena transversal parece formar la extremidad Norte; pero el país está abierto en las dos extremidades de aquélla.

24 de Noviembre.—Llegamos á la punta de Kisaka. Un natural que ha venido á visitarnos nos asegura que el agua del Tanganika se vierte por el Loussizé y va á unirse con el Oukerehoué de Aftésé. Su aserto me parece digno de crédito.

25 de Noviembre.—No dudo que Tanganika tenga en alguna parte un emisario, aunque no podamos hallarle. El Loussizé atraviesa el Louannda y el Karagoné, ya suba ó ya baje. Se debe examinar esto mas detenidamente, y suspendo por ahora mi juicio.

*
**

El Tanganika se cierra á nuestras miradas, excepto en un punto situado al Nordnoroeste de donde nos hallamos.

La cima mas elevada de la cadena del Oeste es el pico de Sammbourouzé, de una altitud de dos mil ciento veintiocho metros sobre el nivel del mar.

26 de Noviembre.—Mr. Stanley ha sido atacado de una fiebre muy grave.

El fondo del Tanganika del Este al Oeste, mide en cifras redondas cuatro millas geográficas.

27 de noviembre.—Mr. Stanley está mejor.

Hemos marchado al romper el día navegando hácia el Norte, y después al Noroeste por espacio de siete horas; á las cuatro de la madrugada nos hallábamos en la desembocadura del Loussizé.

28 de Noviembre.—Por la tarde ha venido á vernos el jefe Lohingga, que parece hombre inteligente, y nos ha nombrado diez y ocho rios: cuatro afluyentes del Tanganika y los demás del Loussizé: ni uno solo sale del lago.

De todos los jefes que hemos visto en estos parajes, Lohingga parece el más franco é inteligente.

*
**

29 de noviembre.—Remontamos el Loussizé en piragua: la desembocadura está llena de islotes cubiertos de juncos y de otras plantas acuáticas; hay tres brazos de una anchura de doce á quince varas, por una braza de profundidad; la corriente lleva una velocidad de dos millas por hora.

30 de noviembre.—Hemos recibido de Makambé un gran regalo, consistente en harina, huevos y un carnero.

Konansibara es el jefe del territorio que bordea el Kivo, pequeño lago donde toma nacimiento el Loussizé.

2 de diciembre.—Padezco de un ataque bilioso.

3 de diciembre.—Estoy bastante mejor. Makambé ha venido con su esposa que nos trae leche y cerveza; es una mujer joven y bonita, de color claro. La hemos dado tela; pero nos pidió además abalorios, y ha sido satisfecho su deseo.

*
**

4 de diciembre.—Cae una lluvia muy copiosa que viene del Norte y que ha durado toda la noche.

El lago Alber no puede estar tan cerca de nosotros como lo anuncia Baker, porque es desconocido de Lohingga.

Este último cree tener cien años, pero en realidad no pasa de cuarenta y cinco.

5 de diciembre.—Llegamos con la piragua á una punta situada á nuestro Levante. La bahía tiene unas doce millas geográficas de anchura. Las montañas son magníficas.

6 de diciembre.—Nos detenemos en el pueblo de Lohingga.

7 de diciembre.—Avanzando en la dirección del Sudoeste, cruzamos la punta de Burton y de Speke, y nos detenemos para almorzar cerca de la plaza del mercado.

8 de diciembre.—Hemos llegado á Makambé; seis horas de navegación nos condujeron después á un islote pedregoso que tiene al Oeste dos rocas cubiertas de árboles.

Dícese que los Babembé han llegado á ser peligrosos á causa de los asesinatos cometidos por los tratantes entre las gentes de su raza.

*
**

9 de diciembre.—Alejándonos del islote del New-York Herald, nos dirigimos al Sur y ganamos el cabo Lobomba.

Muchos de los naturales de la costa estaban borrachos y nos han inquietado un poco; pero un regalo bastó para terminar la disputa.

Nos hemos separado de esta gente á las cuatro y media; y á las tres horas de una activa navegación llegamos á la extremidad Norte de la isla Morima, pasando después á Mokoungo, al cabo de una travesía de ocho horas.

10 de diciembre.—Kissessa es el jefe de la isla Morima. Su hijo mayor fué maltratado en Oujiji, de resultas de lo cual murió ha poco.

Si los naturales no nos han atacado es porque comprenden que nada tenemos que ver con los tratantes.

11 de diciembre.—Salimos de Mokoungo á las seis de la mañana; á las seis horas y media llegamos á Sazzi.

12 de diciembre.—Mr. Stanley vuelve á tener fiebre; tres horas de camino nos bastan para llegar á Massambo.

13 de diciembre.—Entramos en Oujiji. Mr. Stanley está mejor; ha recibido una carta de Mr. Webb, cónsul americano en Zanzíbar, y varios telegramas expedidos en Aden el 29 de Abril; la carta es de Londres de Junio último.

14 de diciembre.—Muchas gentes parten para el Ounyanvembé, con objeto de hacer la guerra á Mirambo; las mujeres se pasean agitando ramos verdes para que obtengan la victoria.

15 de diciembre.—Me ocupo en mis preparativos de marcha para ir al Este á buscar mi cargamento.

16 de diciembre.—Ajusto á varios remeros y un guía para dirigirnos á Tonnougoué.

*
**

18 de diciembre —Escribo cartas.

19 y 20 de diciembre.—Continúo mi correspondencia. Hoy encajono varias

muestras de hoja de lata, dagas y hierros de lanza, que Mr. Stanley llevará á Inglaterra; incluyo también anillos de los que llevan en las piernas los Nzigghé y Manyemas, dos cronómetros y dos relojes.

Dejo á Mohammed-ben-Selí una caja que contiene libros, camisas, papel, etc., así como también abalorios, café y azúcar.

21 de diciembre.—Grandes lluvias; ha llegado la hora de la siembra.

22 de diciembre.—Stanley vuelve á tener la fiebre.

23 de diciembre.—El estado de Stanley es grave; este tiempo lluvioso le es muy perjudicial.

25 de diciembre, Navidad.—Dejo en Oujiji un saco de piel lleno de abalorios, y otros tres más pequeños, uno de Gadder; setecientos cuarenta y seis trozos de porcelana de dos colores, bastante grandes, y setecientos cincuenta azules; ochocientas libras de jabón, una caja de té, otra con lienzo y papel, quinina, zapatos, café, un porta-sextante y una larga caja de madera vacía.

Todos estos objetos quedan confiados á Mohammed-ben-Selí, en Oujiji, el día de Navidad de 1871.

26 de diciembre.—Mi fiesta de Navidad ha sido muy triste.

*
**

27 de diciembre.—Salgo de Oujiji á las nueve de la mañana; se han pasado los hombres, las cabras y los asnos á la orilla opuesta del Louiche; nos quedamos á dormir en el pueblo de Oukaranga.

29 de diciembre.—Hemos acampado ayer á orillas del Malagarazi, cuya extensa desembocadura hemos atravesado hoy.

30 de diciembre.—Después de cruzar

por la punta de Miga, llegamos al Lougoufou; dormimos en Nkala.

31 de diciembre.—Envío á comprar habas, porque no tendremos víveres hasta dentro de algunos dias.

El agua pardusca del Lougoufou se dirige hácia el Norte: reina un fuerte viento del Oeste y del Sudoeste.

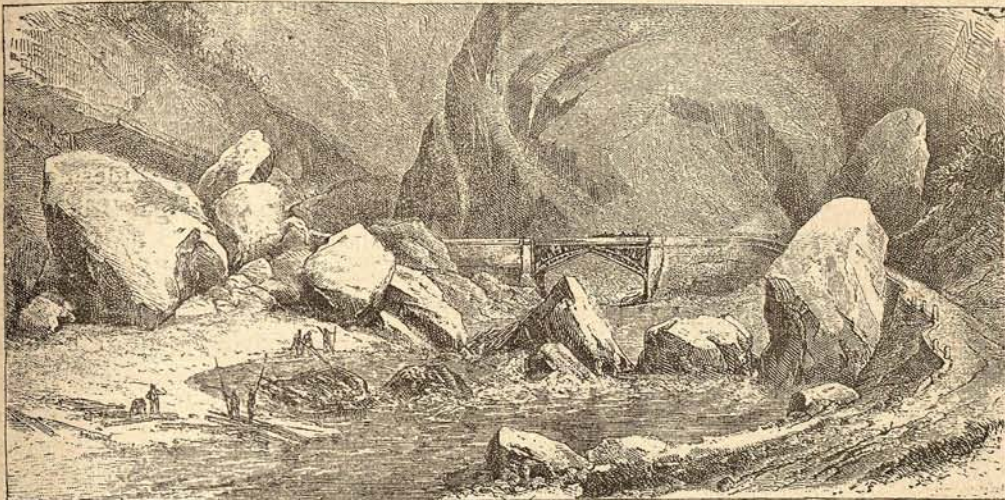
Reunidas nuestras provisiones, hemos doblado la punta de Mounkolou.

1.º de enero de 1872.—Concédame el Todopoderoso la gracia de terminar mi

obra este año. Hemos pasado la noche en la bahía de Mosohezi: una tempestad nos obligó á buscar asilo en la de Kifoué, tan tranquila como el estanque de un molino.

Cerca de una escarpadura de la ribera hemos visto doce ó trece hipopótamos; pero no hemos matado ninguno, porque nuestras balas no estaban endurecidas.

*
**



INTERIOR DEL ÁFRICA

2 de enero.—Cerca del monte Kibanga ó Boumba, bordea la costa una ancha faja de cañas; hemos visto á un pueblo casi á flote; las gentes se habían refugiado en los pantanos para escapar de sus enemigos.

En el Tanganika abundan mucho los cocodrilos y los hipopótamos.

El Kibanga, que tiene 30 varas de anchura, penetra en el lago con mucha fuerza.

Nuestro campamento se halla establecido en una eminencia, en sitio descubierto, y hemos puesto las banderas en

grandes mástiles para que sirvan de guía á nuestros hombres de la caravana que deben llegar.

3 de enero.—Mr. Stanley ha matado una cabra bastante gorda, que tiene la carne muy sabrosa.

4 de enero.—Los Bajiji se han separado de nosotros ayer con las piraguas, después de darles buena cantidad de abalorios para que compren víveres en el camino. Ahora esperamos á nuestra gente.

Nuestros hombres llegaron ayer, todos sanos y salvos, así como sus animales.



5 de enero.—Mr. Stanley vuelve á tener la fiebre. Tomo diversas notas y las apunto en mi diario.

6 de enero.—Como Stanley se encuentra mejor hacemos los preparativos de marcha.

*
* *

7 de enero.—Cruzamos por la montaña, en dirección al Levante: el Louadjiré está frente á nosotros.

Mr. Stanley ha matado un búfalo al fin de la marcha; acampamos en el sitio donde se le cazó.

8 de enero.—Acabamos de atravesar el Louadjiré, que tiene 30 metros de anchura; la corriente es muy rápida; el agua llega primero á la rodilla, y despues á la cadera.

Las montañas son magníficas; el país está cubierto de árboles; el suelo es rojizo y fértil; abunda la caza.

9 de enero.—Día lluvioso; pero avanzamos siempre, primero al Levante y despues al Nordeste, á través de un valle encajonado; despues penetramos en una llanura rica en caza de toda especie.

Llueve copiosamente.

10 de enero.—Cruzamos por un país encantador, cubierto de verdura, con frescas arboledas; diríase que es un parque inglés.

A derecha é izquierda se ven montañas cubiertas de bosques y en las mesetas mucha hematita parda; por la parte de Levante se eleva una cadena de montañas.

11 de enero.—A las tres horas de marcha nos detenemos para almorzar, y avanzando luégo por un camino pedregoso, damos vista á Matambahou.

12 de enero.—Apesar de una copiosa lluvia, nos ponemos en marcha muy temprano, franqueamos un riachuelo de quince varas de anchura, que se dirige al Nor-

te, y poco tiempo despues acampamos en la orilla de otro; todos los hombres de la caravana están mojados hasta los huesos y su estado es verdaderamente lastimoso.

*
* *

13 de enero.—Hace una mañana magnífica.

Despues de una marcha de tres horas se da la hora de alto para almorzar en un claro del bosque.

Ahora estamos á mil piés sobre el nivel del Tanganika.

El cielo esta cubierto de nubes: sufriendo la lluvia que cae á torrentes, llegamos á la orilla de un riachuelo, protegida por espesos árboles acuáticos, continuando luégo la marcha al Estesudeste.

14 de enero.—La mañana es hermosa; pero por la tarde vuelve á llover.

Almorzamos en el borde de una meseta que domina un ancho y magnífico valle; hemos visto entónces un gran número de monos de pelo rojizo, que al acercarnos lanzaron agudos gritos. Hay mucha caza; pero todos los animales están diseminados, y no se ha matado uno solo.

Franqueamos otra corriente, y despues de subir por una cuesta lastimosamente mojados, hacemos alto en un pueblo de estacada, donde no había nadie.

*
* *

15 de enero.—Continuamos avanzando por un valle á cuyos lados se elevan grandes montañas; en lo alto de la cadena resonaban los rugidos de los leones, y en una meseta pululaban las cebras; no se pudo matar ninguna, pero sí un búfalo de regular tamaño.

Llegamos despues á una serie de graciosas colinas y de valles encantadores.

16 de enero.—Hemos llegado al pueblo de Mirera, compuesto de unas ciento cincuenta chozas, ocultas en un repliegue de la montaña; todas tienen puertas laterales.

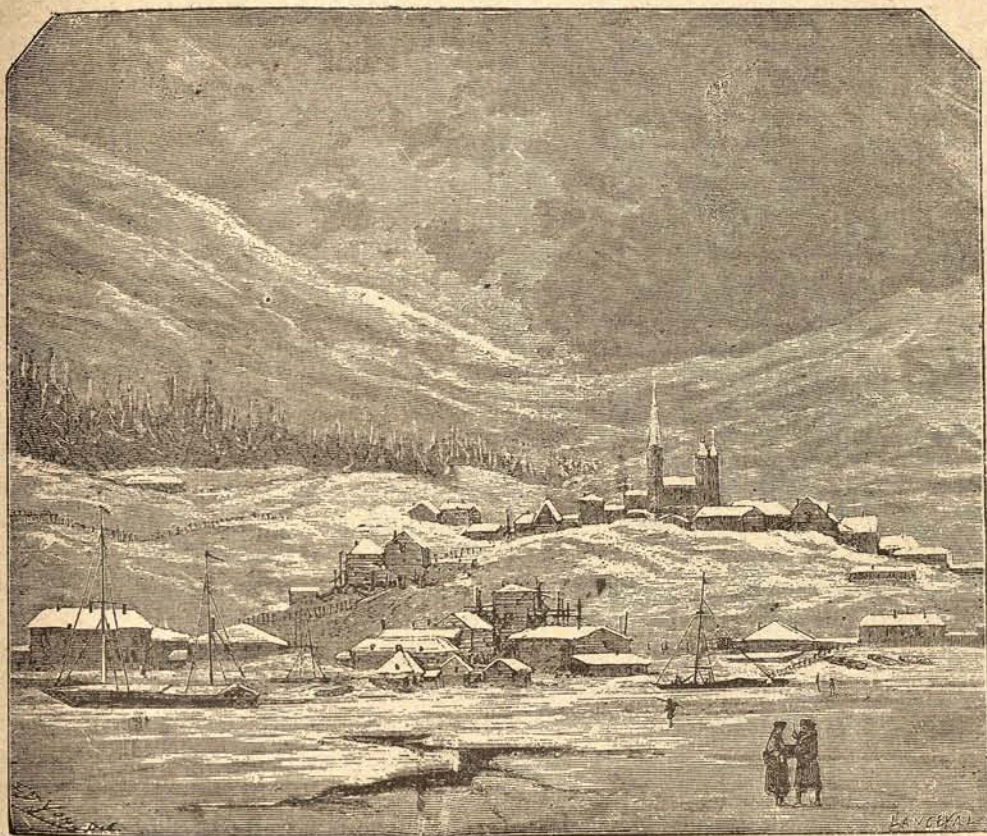
Agradables escenas rústicas animan los valles; todos los naturales se aprovechan de las lluvias; trabajan sus tierras con el mayor ardimiento.

17 de enero.—Nos quedamos en el pueblo de Mirera para comprar víveres.

18 de enero.—El kirangozi ó guía se ha extraviado, y en vez de conducirnos en línea recta al Sudeste, nos ha hecho dar un largo rodeo.

Tengo los piés lastimados á causa de mis malos zapatos."

19 de enero.—Avanzamos al Sudeste



MIRERA

durante cuatro horas, y despues de franquear el Mtamma cruzamos por un bosque abierto.

Hay una gran roca en el río y colinas cubiertas de árboles.

*
* *

20 de enero.—Hemos costeado el Mpokoua, caminando sobre un suelo pedregoso con los piés desgarrados, y vamos á pasar la noche en las ruinas de un pueblo de Basivira.

21 de enero.—Descanso.

22 de enero.—Stanley mató ayer dos

cebras, y hoy una girafa; esta última pesaba mil libras, y aquellas unas ochocientas.

23 de enero.—Stanley vuelve á tener la fiebre.

24 y 25 de enero.—Stanley sigue siempre con su dolencia.

26 de enero.—El enfermo está mejor y nos ponemos en marcha.

27 de enero.—Hemos cruzado por una espesura de bambúes, la única que se ha visto desde el Mpokoua.

Durante la marcha, el asno que Mr. Stanley compró para mí fué atacado por las abejas; en vez de emprender el galope, el estúpido animal se echó en tierra comenzando á revolcarse.

Yo me dejé caer también, y levantándome en seguida, lancéme entre los matorrales como un avestruz perseguido por el cazador.

Después eché á correr, agitando una rama al rededor de mi cabeza; pero antes de verme libre, los furiosos insectos me dejaron la cara y las manos en un estado lastimoso.

28 de Enero.—Hemos pasado un río, dirigiéndonos después por el Este á una colina, y cruzamos á poco por dos corrientes profundas y pantanosas donde se bañaban varios elefantes.

Bombay dice que su mayor deseo es visitar la tumba de Speke.

*
**

30 de enero.—Continúa lloviendo copiosamente. Los víveres abundan.

31 de Enero.—Llegamos al pueblo de Mouaro por un buen camino, el jefe se llama Kamirambo.

1.º de Febrero.—Hemos encontrado ayer una caravana de Seid-ben-Habib, cuyas gentes nos han dicho que Mirambo había ofrecido á los árabes de todo cuanto les cogió, marfil, pólvora, y mu-

niciones, y hasta pagarles la sangre; pero la proposición ha sido desechada.

El país que rodea la morada de dicho jefe está completamente devastado; los árabes se hallan en Simmba.

Shaw, el compañero de Stanley, ha muerto. La viruela hace estragos entre los árabes y en la costa.

2 de Febrero.—Hemos caminado por un sendero cultivado donde se veían muchos hoyos formados por los elefantes.

3 de Febrero.—La fiebre de Mr. Stanley es muy grave, y va acompañada de agudos dolores en la espalda y los riñones; el emético le ha proporcionado algun alivio; pero la resina de jalapa le habría curado del todo. Ha llovido todo el día.

4 de Febrero.—Mr. Stanley se agrava de tal modo que es preciso llevarle en unas angarillas.

*
**

6 de Febrero.—Nos ponemos en marcha á las seis de la mañana. Mr. Stanley está un poco mejor; pero aun es preciso llevarle.

Avanzamos por un bosque; he visto un rinoceronte negro.

7 de Febrero.—A pesar de la lluvia hemos continuado la marcha; y á las dos horas acampamos en un bosque, completamente mojados.

Acabamos de encontrar una caravana de traficantes indígenas que se dirigen á Monara.

Acabo de enviar algunos hombres á Konihara pa a que recojan nuestras cartas y nos traigan medicamentos.

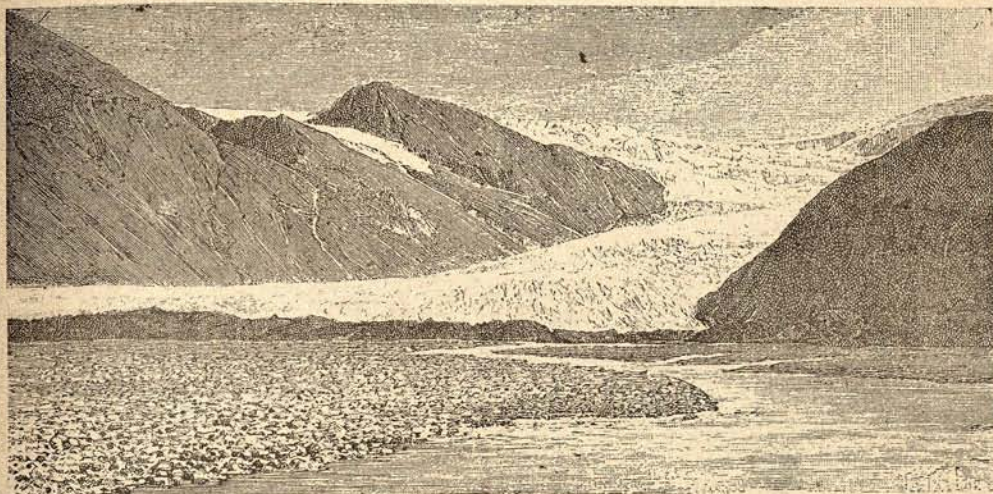
8 de Febrero.—Seguimos en dirección al Norte: abunda la caza; hemos visto muchas girafas y cebras.

9 de Febrero.—Nos detenemos para ver si es posible matar algun animal; pero inútilmente; un alce, herido por Mr.

Stanley, ha desaparecido. Llegamos por fin al pueblo de Manyars, que es un buen jefe.

10 de Febrero.—El paisaje es siempre el mismo. Al cabo de una prolongada marcha nos detenemos á descansar junto á una higuera-sicomoro, que mide veintiocho piés nueve pulgadas de circunferencia.

*
**



AL NORTE DEL DESIERTO

La fiebre de Mr. Stanley sigue en su gravedad.

15 de Febrero.—El paisaje y el camino no ofrecen nada de particular.

16 de Febrero.—Acampamos cerca de Kiganngo, país ondulado con eminencias raquílicas.

17 de Febrero.—Avanzamos por un terreno bastante llano, pero que contiene agua estancada. Atravesando por un torrente, acampamos despues en Magonnda, especie de campamento fortificado que acaban de construir.

18 de Febrero.—Cruzamos entre coli-

11 de Febrero.—Ha llovido casi toda la noche; desde que dejamos el lago, apenas ha pasado un día sin que caiga agua.

12 de Febrero.—Nos detenemos en Tchikouron, pueblo rodeado de campos, de estanques formados por el agua llovida.

13 de Febrero.—A poca distancia del pueblo que acabamos de dejar, los habitantes siembran arroz al rededor de sus burgos.

nas graníticas poco elevadas, cubiertas de grandes trozos de roca.

Los cultivos abundan y los pueblos son numerosos, desplegándose el valle á nuestra vista.

*
**

Por fin llegamos al tembé, situado en medio de diversos burgos.

¡Gracias al Todopoderoso! Konihara, Ounyanyembé.—La apertura del ramadan, en 14 de noviembre, un almanaque náutico que encuentro aquí me permiten

reconocer que en la inscripción de las fechas apuntadas en mi cuaderno me había adelantado 21 días.

Mr. Stanley emplea los mas insinuantes argumentos para decidirme á volver á Inglaterra, donde podré reparar mis fuerzas y hacer que me pongan dientes, despues de lo cual volvería á terminar mi obra.

Pero yo me dije que todos mis amigos deseaban que completara la exploración de las fuentes del Nilo; y hasta mi hija Agnés me escribió lo siguiente: «Por grande que sea mi deseo de volver á veros, prefiero que realiceis vuestros planes á medida de vuestro deseo antes que pensar en serme agradable.»

¡Bien pensado, hijita mia, tienes un noble corazón que me enorgullece!

*
* *

Es positivo que sobre la línea de altitud brotan cuatro grandes fuentes, á ocho días de marcha, al Sur de Katannga; estas fuentes se convierten bien pronto en grandes ríos, dos de los cuales se dirigen al Norte hácia el Egipto; los otros dos van al Sur, á la Etiopía interior; el Loufira ó Bartle Frere que se vierte en

el Kamolondo, es el que se desagua en el Loualaba, ó río de Webb, siendo ésta la línea principal de desagüe.

Al Norte de las fuentes hay otro Loualaba, el de Young, que atraviesa el Tchibonngo (lago de Lincoln), y que así como el Lomamé, se une con el río Webb.

La fuente Liammbai, la de Palmerston, es la del alto Zambese; y el Lounga, fuente de Oswell, es la cabeza del Kafoué; los dos corren por la Etiopía interior.

Es posible que no sean estas las cuatro fuentes de que habló á Herodoto el tesoro de Minerva en la ciudad de Sais; pero no merecen ménos que se las descubra, por cuanto están situadas en el último centenar de millas de las setecientas que comprenden la línea de altitud donde provienen las más de las fuentes del Nilo.

Al salir del Ounyanyembé me propongo dirigirme á Fipa, para dar la vuelta á la extremidad meridional del Tanganika (Tammbite ó Mbité;) cruzando despues el Zembese, costearé la orilla meridional del Banngoneolo: seguiré en línea recta al Poniente, para ganar las fuentes; y aplazaré el exámen de las viviendas subterráneas hasta despues de mi visita á Katannga.

CAPITULO VIGÉSIMOSEPTIMO

LA SEPARACIÓN—GUERRA CONTRA MIRAMBO—LA CAZA DEL HIPOPÓTAMO—EL HIERRO EN ÁFRICA—ALGO DE GEOLOGÍA—ESTRATEGIA DE MIRAMBO—UN CAÑÓN PORTUGUÉS—¡AL FIN!...—OTRA VEZ EN MARCHA.

AL cabo hubieron de separarse los dos célebres viajeros, dándose, á la despedida, un fraternal abrazo.

Se estimaban cordialmente desde el día que se conocieron.

Después Livingstone tuvo que permanecer algunas semanas en inacción forzosa, ya por la importancia de los nuevos preparativos para proseguir su viaje, ya á causa de hallarse todo el país encendido en guerra contra Mirambo y sus aliados, aquél audázaventurero á quien Stanley llamaba el Bonaparte africano, como recordarán nuestros lectores.

Luego Livingstone continuó su relación con esa sencillez de la verdad que le hace tan interesante. Dice así:

«El 14 hará tres meses que marchó Stanley; dado caso que haya salido de Zanzíbar el 24 de mayo, puede estar en Aden el 1.º de junio; el 8 llegará á Suez, y el 14 á los alrededores de Malta. Los hombres que vienen de la costa, deben estar aquí lo más tarde el 15 de julio; quince días me bastan para reunir mis pagazis, con lo cual llego al mes de agosto; los meses restantes del año se emplearán para el viaje; todo el de 1873 le ocuparé en la exploración; y en febrero ó

marzo de 1874, si lo permite Aquel que dispone de todas las cosas, habré terminado mis trabajos y me retiraré.

7 de junio.—Me ha visitado el Sultanben-Ali, quien me dice que el camino de Fipas es el mejor; que abunda la caza, y que la población se distingue por su benevolencia. Si voy al territorio de Amereane me hallaré cerca de Mireré, y podrían detenerme, porque la guerra ha estallado en el país y se trataría de explotarme, como hicieron con Speke.

He oído decir que Baker se dirige hacia el lago de Ounyoró, que es el de Albert.

*
**

10 de junio.—He visto hoy á Othman, el guía con quien vinimos de Oujiji, quien afirma positivamente que el camino de Fipa es más corto y fácil; que hay mucha caza y son las tribus pacíficas.

Según lo que se refiere, Miroungoné, lugar-teniente de Mirambo, murió defendiendo el recinto de su pueblo, donde entraron los enemigos á saco, llevándose los víveres, el ganado y todo cuanto pudieron coger. Mirambo, que decididamente no ha muerto, tiene atemorida

zados á los árabes por la fuerza de sus talismanes y es probable que le dejen huir. Entónces se retirará al Norte, terminándose por ahora la guerra; y como sobrarán los pagazis, podré emprender la marcha, cosa que deseo vivamente.

13 de junio.—Hoy ha vuelto de Bagamoyo Sanngara, uno de los hombres que acompañaban á Stanley. Me ha dicho que éste y el consúl americano se han conducido generosamente, organizando para mí una caravana de cincuenta hombres sin perder un minuto, caravana que



AL ESTE DEL DESIERTO

marchó en seguida. Sanngara abandonó inmediatamente la costa apenas circuló este rumor; y opina que los hombres ó la mayor parte, se hallan ya en el Ougogo. Doy gracias á Dios por la bondad de esos caballeros.

Mi gente estará aquí á fin de mes, según me asegura Sanngara; pero no le han dado carta ninguna. He ido á Kouikou-

rou para ver si las había recibido el gobernador, pero dijéronme que acababa de marchar á Tabora. Cuando bajaba por la pendiente que conduce al recinto de Nkasihoua, rodeado de una espesa cerca de euforbios, ví que reinaba mucha agitación; oíanse gritos, detonaciones; y muchos hombres volvían de la guerra. Se acababa de clavar á la puerta del pue-

blo dos cabezas de otros tantos enemigos, y asegurábase que pronto se vería con ellas la de Mariconé, uno de los capitanes de Mirambo, hecho prisionero en Ouvineza. En efecto, poco despues la trajeron en triunfo, y fué clavada en la punta de una pertiga.

*
* *

14 de junio.—El 22 hará cien días que marchó Stanley; ahora debe estar en Londres.

Said-ben-Mohammed-Narghibbé ha venido á decirme que marchaba mañana á Katangga por el camino de Amerane. Yo me siento más inclinado á tomar el de Fipa, aunque me halaga la idea de ver á Mireré.

Debo decir de paso que los pretendidos portugueses, vistos en Katangga, tenían los dientes limados en punta, de lo cual deduzco que son naturales de Bambarré.

15 de junio.—Lihonalé pone en duda el informe de Sanngara, por no haber traído éste cartas.

En esta región no se cree sino lo que está escrito en el papel, y aún muy poco de ello inspira confianza. Los detalles más positivos son con frecuencia un invento; se puede considerar como falso la mitad de lo que se oye y muy dudoso lo demás.

Ben-Ali duda tambien de la noticia; pero dice, y con razon, que basta esperar para saber á que atenerse. Me inclino, no obstante, á creer á Sanngara, porque no dice que ha visto los hombres, sino que ha oido hablar de ello.

16 de junio.—Nsaré jefe de Msalata, ha venido del Ousakama (provincia del Norte) para asuntos del comercio; es un hombre jovial, que tiene mucho partido entre las mujeres. Me ha ofrecido una azada como testimonio de amistad; pero

la he rechazado, prefiriendo comprársela.

*
* *

Mirambo ha hecho una salida contra un jefe aliado de los árabes, y con tal éxito, que se ha reconocido que sus fuerzas no son tan inferiores como se quiere suponer.

Acaban de llegar unos dos cientos Baghona, que traen una gran cantidad de marfil y de aceite de palma, por no haber podido vender esto artículos en el mercado de Oujiji.

Tambien se han presentado varios hombres de Ougannda con cuatro colmillos de elefante que van á llevar á Said Bargache, para rogarle al mismo tiempo que envíe á buscar el marfil recogido por Mttesé.

19 de junio.—Uno de los hombres influyentes del grupo de los Baganda ha muerto de la disentería, sin que nadie pudiera contener los progresos del mal. Este país es mucho más frio que Ougannda.

Espérase que la guerra que dura hace un año terminará con la fuga ó la muerte de Mirambo; pero como es éste indudablemente un hombre muy capaz, su huida puede ser origen de una lucha de guerrillas, no menos perjudicial que la de ahora.

22 de junio.—Lihonalé ha marchado á la guerra proponiéndose terminarla esta vez. En toda su línea de marcha debe romperse un vivo fuego, lo cual ocasionará un gasto considerable; pero es posible que esto exalte los ánimos.

Dícese que Mirambo ha remitido á la costa cien colmillos de elefante y otros tantos esclavos para cambiarlos por pólvora. Si el hecho es positivo, claro está que la guerra no toca á su fin.

*
* *

23 de junio.—He ido á ver á Kouikourou para rogar á Mohammed-ben-Said que hable á Nkasioua acerca de los pagaziz.

Las gentes de Mirambo enviadas para comprar pólvora se han detenido en Ougogo, en el pueblo de Kitambi, quien les ha dado cerveza, enviando á decir á Nkasikoua, que habían llegado á su cantón.

Ayer se han reunido todos los árabes en Mfouto con el objeto de ir á atacar la última fortaleza que posee el enemigo.

25 de junio.—Envío á Tabora para que me compren una vaca á unos naturales del Norte que han llegado con ciento y las han puesto á la venta. Tengo además dos bueyes, que me vendieron por catorce brazadas de percal y un rollo de hilo de latón.

27 de Junio.—He recibido una carta de Oswell, fechada en Bagamoyo el 14 de mayo, carta que ha despertado en mí el reconocimiento, una viva ansiedad y una pena profunda.

28 de Junio.—Ayer estuve en Kouikourou para ocuparme de mis conductores. Nkasihoua estaba ausente; había ido á Mfouto con objeto de tomar parte en un gran ataque, que, según dicen, será el último; pero Ben-Said me ha prometido arreglar este asunto con el jefe tan pronto como vuelva.

*
* *

Me aseguran que Nkasihoua conservará la cabeza de Moroukoué en un *hirmedo*, gran caja redonda, hecha con la corteza interior de un árbol, pues cuando las gentes de Moroukoué se hayan repuesto de su derrota, comprarán la cabeza con marfil y esclavos, y la enterrarán en la fosa donde se halla el cuerpo.

El hombre de Dagambé que marchó á Oujiji con carga de marfil, fué atacado

por las gentes de Mirambo, y ha vuelto esta mañana. Los pagaziz tiraron sus cargas y huyeron; no murió ninguno, pero todo el cargamento se ha perdido.

29 de Junio.—Acabo de recibir un paquete de manos de Chek-ben-Nasib; contenía una carta para él, dos periódicos ingleses y cuatro números del *Punch*. Parece que el gobierno de S. M. ha dado una suma de trescientas libras á mi hija; no me explico por qué ni para qué.

2 de Julio.—Escribo á Mr. Webb, cónsul americano en Zanzíbar, y al doctor Kirk. Después de dar á éste las explicaciones, le ruego que proceda á un informe para castigar á los culpables y aplicar la pena á quien sea de justicia. También escribo á sir Bartle Frere, y á mi querida Agnés, y envío un gran paquete de observaciones astronómicas y de cartas á sir Tomás Maclear, por medio de un indígena llamado Soliman.

*
* *

3 de Julio.—Recibo una carta de Oswell, fechada en el mes de Abril, que me anuncia la muerte de sir Roderich. ¡Ay de mí; ay de mí! Esta es la primera vez de mi vida que me siento inclinado á quejarme del destino; pero el grito se escapa de mi corazón, desgarrado por la pena. Era el mejor amigo que jamás tuve, sincero, fiel y generoso; amábame más de lo que yo merecía, y siempre velaba sobre mí. Debo resignarme á la voluntad divina; pero no puedo lamentarme.

4 de Julio.—Mecanso de esperar; y sin embargo los hombres que me envía Stanley no pueden estar aquí antes del 25.

No me ocurren pocas dificultades para este viaje; más acaso sea pararlo mejor.

5 de Julio.—Cada vez me aburro más; necesito apurar toda mi paciencia.

7 de Julio.—Tan larga espera me causa una verdadera angustia, y no obstante

confío en que el Padre de todos los hombres, bueno y magnánimo, se dignará favorecerme, ayudándome á terminar mi empresa con buen éxito.

La temperatura á las seis de la mañana produce una sensación de frío; el viento sopla con regularidad del E.; si cambia y vira al Noroeste, cubre el cielo de espesas nubes de un color gris. En Zanzíbar ha causado un ciclón grandes destrozos, rompiendo buques y asolando las plantaciones; esto ha sucedido cinco días después que Said Bargache volvió de la Meca.

*
* *

En 1860 encontramos en la desembocadura del Loangoua de Zoumbo un grupo de cazadores de hipopótamos, llamados Mokommboués ó Akommboués, en quienes parece hereditaria esta profesión. No tienen otro oficio; y cuando la caza disminuye en el sitio donde se encuentran, diríjense á otro punto del Loangoua, del Zambese ó del Chiré.

Allí se establecen temporalmente en una isla, donde construyen chozas, dedicándose sus mujeres á cultivar algunos espacios de tierra. El producto de la caza es ávidamente buscado por los pueblos de residencia fija, que pagan con grano.

Estos cazadores no son avaros, y se les recibe bien en todas partes, pues según he oído decir, nunca cometieron un fraude en su comercio, ni se mostraron tiranos con los débiles, ni ultrajaron á los pobres. Su rasgo característico es la audacia y el valor.

Cada una de sus canoas va montada por dos hombres; es una ligera embarcación de diez y ocho pulgadas de ancho por unos veinte piés de largo, y que apenas tiene seis líneas de grueso; está construida para la ligereza, y afecta un poco la forma de nuestras barcas de regatas.

Los cazadores que montan la canoa llevan cada cual un remo ancho y corto; descienden lentamente por el río y diríjense á un hipopótamo dormido. Durante esta maniobra no se riza en lo más mínimo la superficie líquida; diríase que los pilotos retienen su aliento, y sólo se hablan por señas.

Al acercarse al animal, el que va en la proa de la embarcación, que es el arpero, deposita en silencio su remo, levántase lentamente, permaneciendo de pié é inmovil, y tiende el brazo sobre su cabeza armado del arpón. En el momento de hallarse ya á conveniente distancia de la presa lanza con vigorosa mano el instrumento, que si va bien dirigido se hunde en el corazón del mónstruo. Y es de advertir que en aquel instante crítico le es preciso conservar el equilibrio perfectamente, pues de lo contrario haría zozobrar la barca.

Apénas lanzado el arpón, el hombre que está en la popa hace retroceder la canoa; el arpero se sienta, vuelve á coger su remo y activa la marcha. Raro es que en el primer momento conteste al ataque el hipopótamo sorprendido; la hora más peligrosa es la que sigue.

El hierro del arpon está retenido por una fuerte cuerda que se enrosca al rededor de una asta, fija ligeramente en aquél y que, con la fuerza del golpe, se desprende, desenrollándose la cuerda, el asta, de una madera muy ligera, flota en la superficie del agua, y el cazador vuelve para cogerla á fin de asegurarse de la profundidad de la herida, tirando de la cuerda; si ésta cede, aprovecha el instante en que el mónstruo, con la boca abierta, aparece sobre el agua lanzando un gruñido terrible, y le lanza un segundo arpón.

Repítase al punto la maniobra de retroceder; pero sucede á menudo que el hipopótamo alcanza á la canoa y la despe-

daza entre sus dientes; y con tanta facilidad como un cerdo desharía una alcachofa.

Pero los dos cazadores no están ya en la canoa; se han lanzado al agua al ver llegar al mónstruo, y ganan la orilla nadando debajo de la superficie líquida; el animal furioso los busca con la vista, y como no los ve, se le escapan.

Los pescadores que montan las otras canoas van cogiendo las astas de los arpones, y acosan al animal por uno y otro punto hasta el momento en que sucumbe debilitado por la pérdida de sangre.

Esta caza, para la cual se necesita una gran destreza, exige además una sangre fría, una intrepidez y audacia que rayan en lo maravilloso.

Verdad es que los Makommbués constituyen una raza magnífica; distingúense por su actividad y su vigor; sus músculos ofrecen un perfecto desarrollo; su talla es ménos elevada que la de otros africanos; pero tienen admirables formas. No cabe duda que su profesión, hereditaria como ántes he dicho, ha contribuido poderosamente á mejorar las condiciones físicas de aquellos hombres.

Yo he visto oficiales de dragones que manejaban las armas y conducían sus caballos con prodigiosa habilidad; puestos en competencia con los Makommbués habrían igualado sin duda su destreza y su valor; pero exceptuando la caza del tigre en la India, no se conoce en Europa caza que exija tanta intrepidez y sangre fría como la del hipopótamo. Para comprender todo cuanto tiene de peligroso basta recordar que, apenas se vierte sangre en el agua, todos los cocodrilos que se hallan río abajo remontan inmediatamente, dispuestos á tomar su parte en el botín.

*
* *

9 de Julio.—El cielo está claro; el frío es penetrante.

Las fuerzas reunidas en Mfouto han salido del pueblo y establecen su campamento en un recinto fortificado. El temor á Mirambo domina á todos esos árabes, cada uno de ellos desea ansiosamente no morir, y lo confiesan sin rebozo.

He hablado á Sinegherí de los misioneros cuya llegada se anuncia, y parece muy satisfecho ante la idea de que le instruyan.

No se opondrían grandes dificultades al establecimiento de una misión cristiana á unas cien millas de la costa occidental; se necesita la autorización del Sultán de Zanzíbar, que reclaman las tribus más inteligentes, pero si la pidiera nuestro cónsul, creo que se obtendría muy pronto.

Ninguna oposición se haría aquí cuando se tratara de enseñar á los indígenas á leer sus propias lenguas con caracteres romanos.

Nadie ha intentado nunca hacerles leer el Corán en árabe; se les califica de *gouma*, es decir, de no comprender la religión, lo cual no tiene nada de particular, puesto que el Corán no está traducido.

Sólo uno de los jefes indígenas, Monyoungo, ha enviado á sus hijos á Zanzíbar para que algundía sepan leer y escribir. Dícese que es admirador apasionado de la civilización que observa en los árabes.

*
* *

12 de Julio.—Dos hombres de Saidben-Habib traen la noticia de que Mirambo ha sido atacado, pero á respetuosa distancia.

Cuando he dado cuenta de la trata del hombre en el Este de Africa me ha faltado mucho para acercarme á la verdad, lo cual era necesario para que no se ta-

chara de exageración lo que yo dijera; pero hablando francamente, el asunto no permite que se exagere; ampliar los males de tan espantoso tráfico es de todo punto imposible.

El espectáculo que he tenido á la vista, los incidentes que he presenciado son tan horribles que me esfuerzo continuamente, aunque en vano, para alejarlos de la memoria. Los mas peñosos recuerdos se borran con el tiempo; pero las atroces escenas de que fuí testigo se representan sin cesar á mi imaginación, y me horrorizan lo que no es decible.

Creerán algunos que esto es debilidad, una queja poco filosófica, puesto que todos los pueblos han pasado por esta fase de desarrollo.

Se puede comparar el canibalismo con la edad de la piedra, y el período de esclavitud con la edad del bronce; la esclavitud es en el progreso humano un paso tan natural como el empleo del bronce antes del hierro.

Y á propósito de la edad de piedra, observaré de paso que en Africa no he tenido la suerte de encontrar una punta de flecha, un hacha, ó cualquier instrumento de sílex, aun cuando tengo la vista tan penetrante como la del primero de cuantos me rodean.

Verdad es que aquí nose han practicado excavaciones ni explotado canteras, ni hecho trabajo alguno en la superficie del suelo, que pudiera sacar á luz fragmentos de la industria primitiva.

*
**

Todos los datos que he recogido demuestran que el empleo del hierro se remonta en Africa á los tiempos mas lejanos.

Parece que los africanos nos han llevado la ventaja en este punto, empleando el hierro en una época en que nuestros

antecesores excavaban la tierra para buscar el sílex con que se proponían matar los animales, cuya carne necesitaban para subsistir.

La esclavitud parece ser contemporánea del hierro: los monumentos de la antigua Egipto revelan que esta calamidad es sumamente antigua.

Un área realmente enorme del centro del Africa austral está cubierta de rocas volcánicas, en las que se hallan englobados fragmentos angulares de antiguos estratos, acaso de areniscas, convertidos en esquistos.

Estos fragmentos esquistoides han conservado impresiones de plantas de un orden muy inferior, probablemente el siluriano, y ofrecen vestigios de arrugas y gotas de agua que se marcan distintamente; pero no se ha observado aun ninguna huella de animal.

Si se encuentran tan pocos restos orgánicos en el país, débese esto á que no se han abierto caminos ni zanjas, ni se han explotado las canteras. Mas cerca del trópico cubre completamente el terreno una espesa vegetación.

*
**

Los únicos edificios de piedra que se encuentran al Norte de la colonia del Cabo son la iglesia y la misión de Kuruman: en las paredes de estas construcciones los fragmentos de roca, que presentan vestigios de la impresión de hojas fósiles, han sido arrancados de una matriz que fué en otro tiempo una masa de lava en infusión.

El área cubierta por este basalto se extiende, al mediodía, desde los alrededores de Vaal hasta un punto situado á unas sesenta millas mas allá de las cataratas del Victoria, y en la anchura media de ciento cincuenta; comprende un espa-

cio al menos de unas cien millas cuadradas.

En diferentes parajes de dicha extensión se elevan rocas de arenisca, que son otros tantos verdaderos islotes; varios brazos del mar incandescente corrieron por los valles y desfiladeros, y se puede seguir sin dificultad la acción del calor, cada vez menos fuerte, hasta la extremidad de la corriente, en que las rocas están simplemente endurecidas.

No me extenderé aquí mas en mis observaciones geológicas, pues me llevarían demasiado lejos; me limitaré á decir que en mis repetidas excursiones no he hallado un arma ni un solo instrumento de piedra, aunque durante largos años exploré todos los antiguos pueblos, ansioso de descubrir algun resto. En el país no hay sílez, pero abundan el cuarzo y las rocas.

*
* *

Solo para los trabajos mas delicados se sirven los indígenas de bigornias, pinzas y martillos de hierro; y con estos escasos útiles obtienen resultados que no parecen posibles para los hombres del arte.

15 de Julio.—Dícese que han quedado en el campo de batalla veinte heridos del último encuentro, á los cuales han llevado á Mfouto. Los árabes cuentan con dos mil hombres; pero Mirambo tiene tambien bastantes fuerzas, que se pueden defender muy bien porque tiran protegidas por la estacada, mientras que sus enemigos están al descubierto.

He visto hoy los primeros milanos; una de estas aves tenía en el abdómen manchitas blancas que daban á conocer su poca edad.

17 de Julio.—He visitado ayer al Sultan-ben-Alí: tan obsequioso como siempre, me ha dado guayabas y un melón.

Asegúrase que Soroura, uno de los tenientes de Mirambo, ha practicado unas zanjas disimuladas, guarnecidas de espinas, en las cuales han caido varios de los sitiadores. Esto ha inducido á los árabes á enviar por el cañón que tienen, á fin de batir en brecha á cierta distancia.

Esta mañana he visto pasar varios hombres cargados con aquella pieza, que es de á 7; fué fabricada en 1679, época en que la llevó á China el jefe de las fuerzas portuguesas, llegando despues á poder de los árabes.

*
* *

Hace dos días que algunos merodeadores de Mirambo mataron á un esclavo. El término de la lucha está mucho más léjos de lo que algunos creen.

Mirambo se ha limitado ahora á tirar contra el enemigo desde el interior de su estacada.

16 de julio.—He visitado á Selim-ben-Siff, que me ha dispensado la más favorable acogida. Cuando estábamos á la mesa se resintió de que yo no comiese más. A estos árabes les gusta mucho la abundancia; necesitan pan de trigo, carnes, legumbres y frutos de toda especie. Selim me decía que en Zanzibar es mejor la cabra que la vaca; pero que aquí sucede lo contrario.

21 de julio.—Reina un viento frío que sopla con fuerza: la temperatura á las seis de la mañana es de $12^{\circ} \frac{8}{9}$.

He comprado á un indígena dos vacas, con sus terneros, por treinta y cuatro brazadas de tela de algodón.

Los Bagannnda hacen sus preparativos para volver al país: se llevan una considerable cantidad de aguardiente, que les han vendido los musulmanas. Quisiera que llegasen mis hombres para salir de una vez de esta penosa incertidumbre.

23 de julio.—Se ha suspendido la marcha de los Baganda, por temor de que Mirambo se apodera de sus municiones. Algunos de ellos van á llevar las noticias á Mtesé, así como una parte de las mercancías.

Habiase hablado hacia mucho tiempo de un envío de tropas de Said Bargache, pero nunca llegan. Todo el comercio está paralizado.

*
**

24 de Julio.—Los Bogohé se retiran de la guerra, pues creen que el mes de Julio es desgraciado.

Las fuerzas árabes se han desbandado también bajo el pretexto de que carecen de víveres.

Un tal Sofi me ofrece sus servicios diciéndome que Mahommed Bogharib no le ha dado nunca nada, y que no quiere por lo tanto estar á sus órdenes; he aceptado la oferta; y cuando vea á Bogharib le explicaré la razón.

27 de Julio.—Al rayar el día se ha oído como un fragor cavernoso por la parte del Este; acaso sea producido por un ligero terremoto, pero no se veía ni una sola nube de tempestad.

Ben-Nassib, un árabe de elevada estatura, moreno y muy cortés, ha venido á verme ayer, antes de partir para su país natal, y me ha dicho que había recibido últimamente para M. Stanley un paquete de cartas encerrado en una caja de hoja de lata, que le dirigía el cónsul americano. Es el undécimo paquete que llega para M. Stanley.

Varios tratantes indígenas que marcharon con los Baganda, fueron detenidos por las gentes de Mirambo, que les mataron un hombre, apoderándose de cuanto llevaban: los fugitivos han vuelto esta mañana con las orejas gachas. Otra partida, que se puso en marcha hace al-

gunos días con dirección á Karagoue, se ha desbandado igualmente; el jefe ha vuelto solo, sin saber nada de sus veintitres conductores. Ayer mataron las gentes de Mirambo á otro hombre cerca de Mfouto. Reina por todas partes la perturbación. Segun Ben-Nassib, los árabes han batido á cincuenta y dos aliados de Mirambo.

*
**

29 de Julio.—Me ocupo en hacer harina de arroz para el viaje. He ido á ver al hijo de Mahommed-ben-Seli, que tiene un violento acceso de fiebre, y que no puede menos de ir á batirse. Había comprado un asno con el colmillo de elefante que robó al gobernador, pero el animal murió ayer.

Ben-Nassib me ha dado trigo y algunas tortas.

30 de Julio.—Aun no hay novedad; y se pasa lastimosamente el mejor tiempo para viajar.

Todos los días reina el viento del Este, que trae frío y ocasiona la fiebre á los árabes.

He recibido la visita de Ben Omari, que marcha á Katanga para comerciar con los valores de otro.

31 de Julio.—Said-ben-Nassib nos ha dicho ayer que la caravana de su hermano Kissessa estaba en el Ougogo; y que la mia iba por otro camino. Por poco que sea, me alegra mucho oír hablar de esto.

1.º de Agosto de 1872.—Mtsé ha enviado á una docena de jefes Baganda con su acompañamiento, para averiguar porque razón no vuelven sus gentes. Un árabe que les encontró en Ousoni les dijo que la guerra había terminado.

Setenta hombres que llegaron esta mañana han vuelto á marchar inmediatamente para buscar á los otros á fin de que

ayuden á combatir á Mirambo. Se trata de apoderarse de uno de sus recintos, situando el cañón sobre una plataforma.

*
**

Los Bagannnda que se hallan aquí hace tiempo, y á los que vienen á buscar, pretenden que la mayor parte de los recién llegados son esclavos, y que al fin los venderán por tela.

3 de Agosto.—He ido á ver á Selimben-Siff, que padece de la fiebre; y despues visité á Sultan-ben-Ali. Este último es causa de que huyeran todos los conductores de los Bagannnda, alarmándoles por conducto de un emisario, á quien dió para esto diez hilos de abalorios.

4 de Agosto.—Estoy cansado de esperar y me inquieta ver que se aproxima la estación calurosa; pero acaso sea todo para mi bien.

Van llegando muchos Bagannnda, que tomarán las armas contra Mirambo.

Los juegos de los niños en este país son una imitación del trabajo de los grandes. Entretiénense en construir casitas con sus jardinitos, tienen pájaros enjaulados para enseñarlos á cantar; construyen escudos, lanzas, arcos y flechas, é imitan los fusiles con cañas huecas.

*
**

9 de Agosto.—Al fin vienen mis hombres y acaban de llegar tres de ellos. No puedo expresar cuanto es mi agradecimiento al Todopoderoso. Tambien llegan las gentes que acompañaron á Stanley á Oujiji.

10 de Agosto.—Envío á mis hombres á reunirse con la caravana, dándoles cuatro dotis y tres libras de pólvora.

He ido á visitar á Lihoualé para darle la noticia; me ha dicho que el viejo Nasihona está en cama, á consecuencia de

haberle descargado un buey una coz rompiéndole varias costillas, lo cual puede ser muy grave, atendida su edad. La guerra es causa de nuevas tardanzas.

15 de Agosto.—Mi caravana llegó ayer, habiendo empleado setenta y cuatro días para venir desde Bagamoyo. Cuando los hombres hayan descansado algunos días seguiremos la marcha.

16 de Agosto.—Hallándome en mi tienda he sentido una sacudida á eso de las siete de la noche; la causa era un terremoto, cuyas vibraciones han sido muy rápidas durante unos cincuenta segundos. Muchas personas no lo han observado.

*
**

17 de Agosto.—Me ocupo en los preparativos de viaje.

18 de Agosto.—Dícenme que debo evitar á Fanndo, jefe que acostumbra á saquear á los viajeros.

He ido á despedirme del Sultan-ben-Ali, á quien confio la custodia de varios artículos de cambio para el viaje de vuelta, incluso cierta cantidad de cartuchos, clavos, barras de hierro, etc.

19 de Agosto.—Espero á mis pagazis: Sultan-ben-Ali ha venido á verme, y dice que Marcha á Mfouto.

20 de Agosto.—Se han vuelto á pesar todos los fardos; cada hombre llevará una carga de cincuenta libras y los Nas-sickais la mitad.

Malrouki, el antiguo factotum de Speke, ha estado enfermo largo tiempo, y no puede venir con nosotros; le dejo en Tabora, en casa del Sultan-ben-Ali.

21 de Agosto.—He dado un buey á mis hombres, y dos varas de tela á una mujer repudiada para que se abrigue, porque su marido ha tomado todo lo que era suyo.